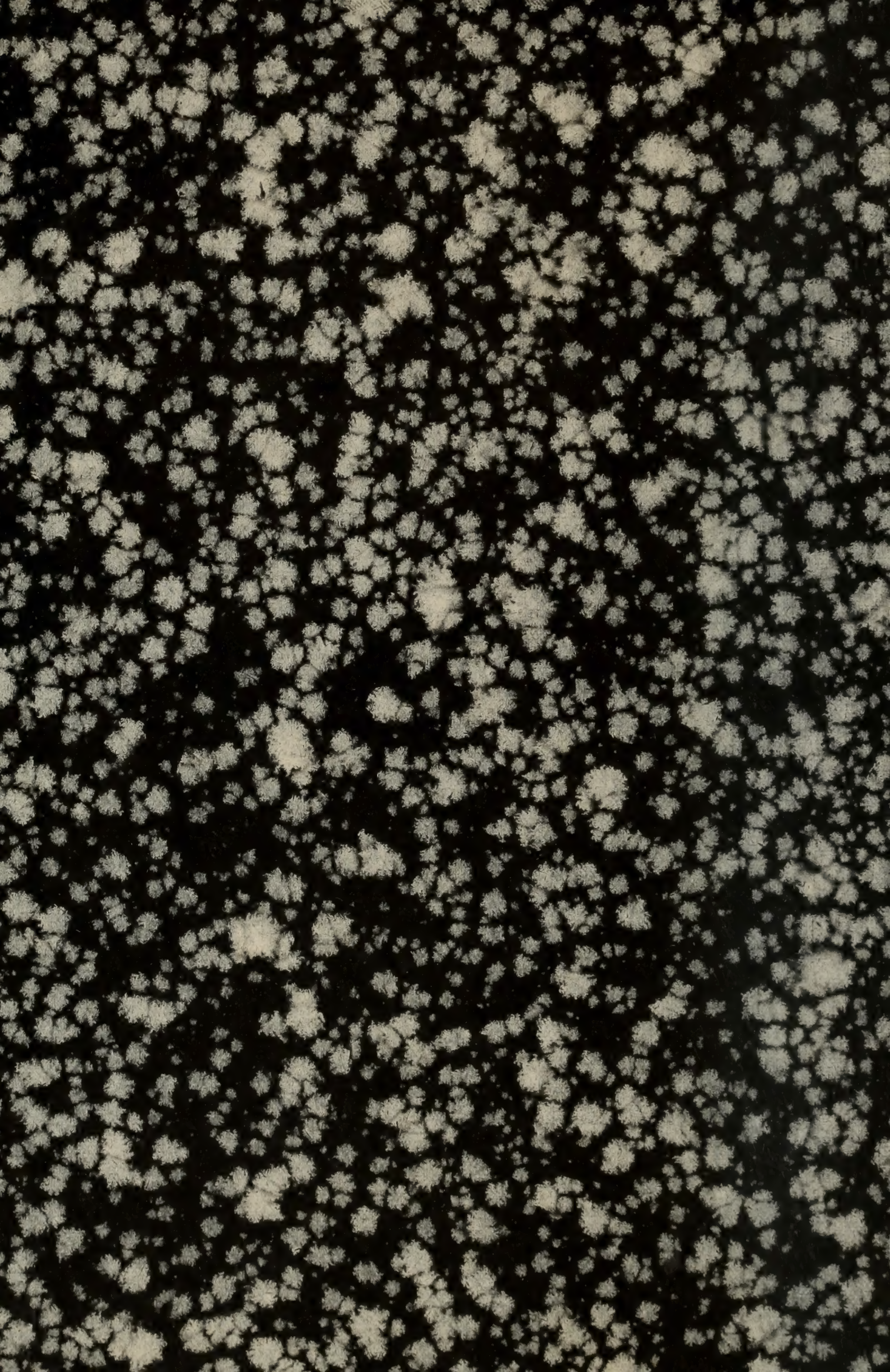
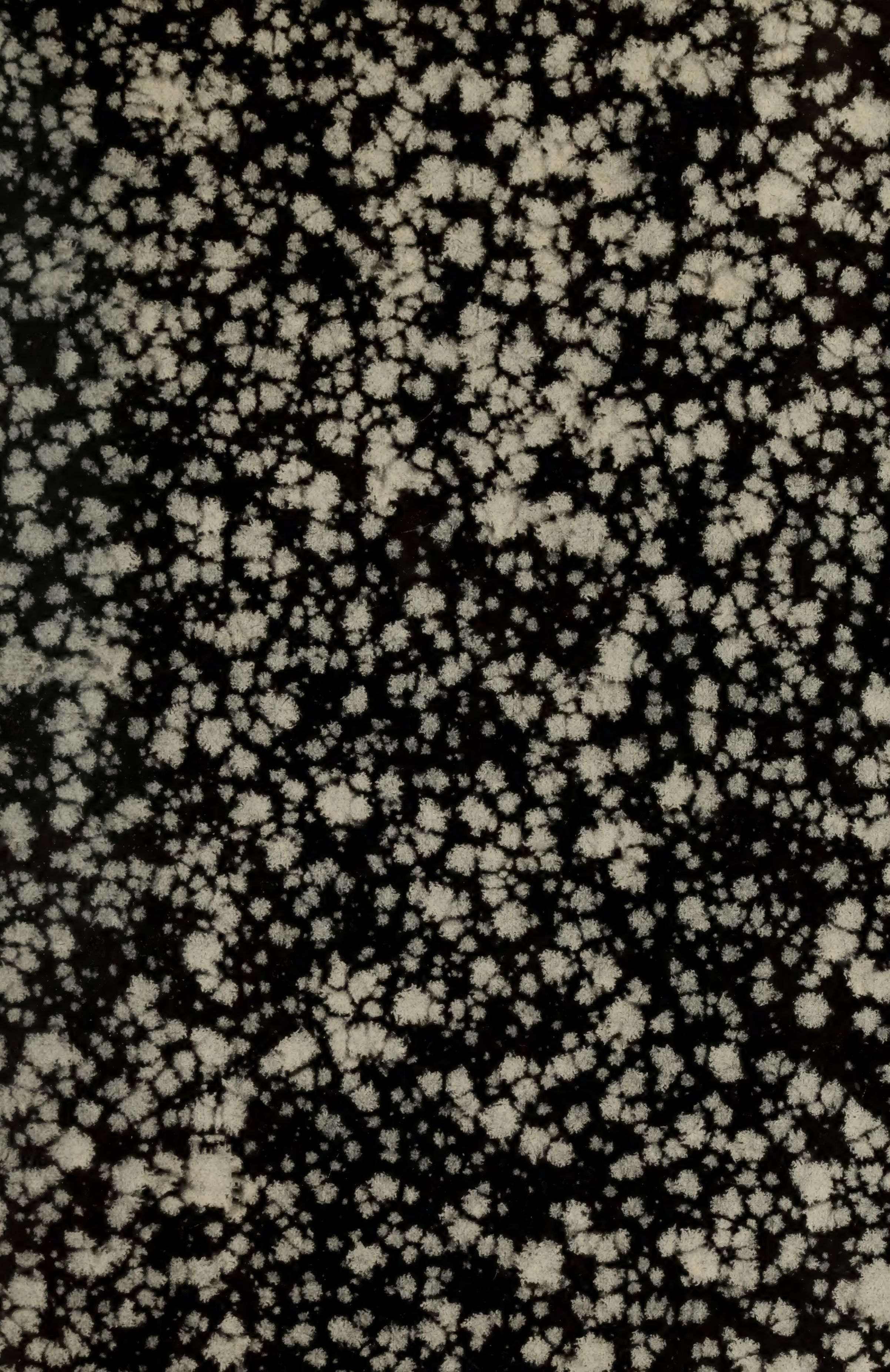


Hojas al Viento





HOJAS AL VIENTO

CARLOS GUIDO Y SPANO

HOJAS AL VIENTO

LIBRO LÍRICO

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

TOMO PRIMERO

BUENOS AIRES

CASA EDITORA DE JACOBO PEUSER

1900

INTRODUCCIÓN (*)

DE LA II EDICIÓN

Este empeño (el de la reimpresión de las poesías de Guido) es un buen síntoma literario, pues manifiesta desembozadamente, que los versos de nuestro compatriota han sido solicitados y leídos, en un país en que raras veces se agota la primera edición de un libro nacional.

Sobrado merecimiento tienen esos cantos para ser objeto de tan cordial acogida; pero no por ello ha de desdeñarse el hecho enunciado, desde que, para parecernos en todo á los demás hombres, también sabemos desconocer á los predilectos de la naturaleza.

(*) Al reimprimir nuevamente el libro lírico de Carlos Guido y Spano, no encontramos nada más apropiado, que reproducir esta introducción escrita por el señor S. Estrada, para la segunda edición, hecha en Buenos Aires, de las poesías del decano de los poetas argentinos.

Un amigo, Héctor F. Varela, puso la mano en el arca del poeta, y le arrebató el tesoro de sus febriles vigilias.

El libro de don Carlos Guido y Spano apareció sostenido por una crítica justiciera y amable al mismo tiempo, que dedicó observaciones atinadas al autor y á la obra.

« Guido, decía José M. Estrada en la *Revista Argentina,* pertenece á aquella raza exótica en la tierra, anómala en nuestro siglo, de los que se sienten caídos en el seno de las realidades en que todos vivimos. Sus inspiraciones son como las reminiscencias platónicas. Aspiran á su región nativa y viven en el transporte místico. Sueñan desde su oriente hasta su ocaso, y cruzan el mundo desdeñando lo que á todos los hombres apasiona, con la mirada absorta por lo que divisan á través de lo real, en la transparencia de su fantasía, y conversando familiarmente con el genio que crea sus visiones y formula sus estrofas. Como el vate antiguo, no sufre intermitencias en su contemplación ideal, ni veleidades de su numen. Guido es poeta por naturaleza, por fatalidad: ha vivido cantando y morirá soñando ».

Otro juicio más detenido vió después la luz pública.

Diseñado el poeta en el precedente, conozcamos ahora la índole de sus versos, en las páginas de este, atildadamente escritas por el doctor don Pedro F. Goyena.

« La musa del señor Guido, enseñaba, se mantiene con noble actitud en una región serena, desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasión, perdiendo su intemperancia, llega á transformarse en dulce y apacible sentimiento. La musa del señor Guido no se deleita en placeres groseros, ni se abisma en dolores profundos; no ríe, ni se desespera. Una lágrima pura y brillante se desliza á veces por su mejilla, apenas colorida, pero se convierte luego en sonrisa; y sus labios perfumados modulan siempre una plácida, encantadora armonía. El señor Guido es clásico por la corrección de la forma y por la simpatía que profesa á la belleza plástica; pero su inspiración vuela, en algunas poesías, á mayor altura que la inspiración pagana; y el sentimiento que se alberga en sus estrofas, es más noble y más tierno que el sentimiento expresado en los versos de los poetas antiguos ».

Aceptado el libro del señor Guido por sus compatriotas, pasó los Andes, llegó á Chile, y despertó un interés justísimo, que le atrajo el honor de que informan las líneas inmediatas, tomadas de una carta de don Eduardo de la Barra, Secretario de la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile.

« La Academia de Bellas Letras », dice, « ha elegido á Vd. por unanimidad miembro honorario, en calidad de correspondiente extranjero, á propuesta de su director don José Victorino Lastarria y del que suscribe. Cábeme la satisfacción de comunicárselo, dándole al mismo tiempo mis parabienes por la simpática acogida que encontró la proposición, entre los hombres de letras más notables de este país, á quienes Vd. fué presentado como modelo de la poesía americana ».

Las *Hojas al viento,* después de haber recorrido la América, impulsadas por próspera fortuna, atravesaron felizmente el océano, y cayeron bajo los ojos de uno de los mayores poetas del siglo, Victor Hugo.

« He recibido, escribía él al autor, vuestro libro magnífico. He leído con emoción los bellos y nobles versos á que habéis unido mi nom-

bre. Sois un generoso espíritu. Queréis la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad. El filósofo iguala en vos al poeta. Os felicito. Yo digo como vos: ¡Adelante! Os estrecho la mano».

De esta manera asociábanse nobles voces de la patria, á otros nobles acentos de América y Europa, para coronar al poeta don Carlos Guido y Spano.

El libro que comenzó la jornada con tanto lucimiento, rodeado de tan favorables circunstancias, no podía quedar sumergido en la indiferencia ó el olvido, que es la tumba de las producciones de la inteligencia.

Agotada la primera edición, esta segunda correrá la misma suerte, en más breve tiempo, porque el gusto literario se desarrolla aquí en las proporciones de esos árboles de la Australia, de los cuales se ha dicho, para encomiar su fecundidad, que se les ve crecer.

En una época, que no es la edad de oro de que hablaba el maravilloso Cervantes, pero en la cual predomina el culto del preciado metal; época positiva en que el Mercurio de los paganos tiene un altar en cada calle, y en que las realidades de la vida están por encima de las

aspiraciones del corazón y de los sueños de la fantasía, el amor por las letras es de buen augurio para las naciones jóvenes y ricas, que atraen á su seno, con el aliciente de la especulación á los hombres de todas partes, que aspiran al abandonar la tierra fatigada por la siembra, á encontrar en la tierra de las cosechas fecundas, una cómoda existencia.

Sentimiento tan levantado debe servir de morigerador al espíritu puramente práctico, llamado, sin él, á sofocar la afición estética, que ha formado uno de los rasgos distintivos de nuestra raza.

Don Carlos Guido y Spano, súbdito de la ley del trabajo diario, que obliga al hombre á comer el pan amasado con el sudor de su frente, pobre de fortuna y rico de imaginación, reune en su persona los elementos constitutivos del poeta, y conoce todas las fases amargas y consoladoras de la vida, formadas por la lucha y la esperanza.

Hojear este libro es una tarea simpática, interesante, consoladora, que da á conocer una existencia probada por los azares, sostenida por los tiernos afectos, embellecida por el cultivo de la más bella de las artes, confor-

tada por la ilusión de sobreponer el ideal á la realidad, forjándose un medio mejor que aquel que nos formaran las peculiaridades de la vida de cada hombre, ó que nos impusiera el carácter particular del tiempo en que nacimos.

El poeta argentino ha reflejado en esas páginas todos los períodos de su existencia: la sinceridad de la infancia, el arrebato de la juventud, la fortaleza de la virilidad, la severidad del raciocinio, el afecto de la familia, el cariño de la patria, el deliquio del amor, la dicha del padre, el acento rudo del jornalero, que saludando á Dios cada mañana, empuña el hacha, é invita á su prole á derribar el árbol, para fundar el hogar del hombre y del ciudadano.

Hijo de América, llevando en sus venas sangre de próceres, ama la independencia, y sin embargo, se le ve sumiso, abatido, inclinar la frente, esclavo de un dolor que le oprime como un yugo, que él no puede ni quiere sacudir.

Ha perdido á su padre, y la primera página de sus versos es una ofrenda á memoria tan cara; canta á su madre, y las estancias que le consagra parecen los gemidos desoladores de una existencia acalorada en su regazo, de improviso asaltada por un presentimiento que

hiela el corazón, como el cierzo que trasmina las piedras del sepulcro. . . .

El sentimiento doméstico predomina en este libro, que ya presenta reminiscencias del diálogo familiar, ya formula recuerdos de dulces horas, que ora deja escapar el acento marcial, ora exhibe un paisaje, un cuadro ó una estatua labrada con cincel griego en mármol italiano.

Sobre sus páginas, presididas por una sombra venerable, puede espaciar la mirada la tierna doncella, como sobre un libro de memorias ó un museo de familia, porque un velo pudoroso envuelve el pensamiento, al tocar la realidad de ciertas imágenes, cual ese vapor que hace impalpables los contornos de los ángeles y las hadas de los pintores púdicos.

El poeta argentino ha cultivado la pureza de la lengua y la pureza de la expresión, desdeñando, por una repulsión instintiva de su naturaleza, la forma incorrecta y desenvuelta, tan usual en nuestros días, y por ello inclinada al realismo desvergonzado.

Si en una colección como la presente el crítico ve brillar el relámpago de la inspiración, percibe las emanaciones del sentimiento, descubre la firmeza del cincel del lapidario, fáltale

la decisión necesaria para desmenuzar las hijas hermosas de la fantasía, que agrupadas en simpático coro, endulzan con sus cantares la existencia apenada de los demás hombres.

Cuando una cita ó la casualidad reune sensitivas y hermosas mujeres, apenas es permitido admirar sus atractivos.

Juzgadas por otros con detenimiento las composiciones del poeta don Carlos Guido y Spano, permítasenos solamente saludar su « Aurora », engolfarnos en las sombras de su « Noche », inclinarnos en presencia de la bella y tierna « Amira », derramar una lágrima con su « Nenia », sonreir ante la angélica « María del Pilar », y « Al Pasar », responder como eco, con un suspiro, al tierno lamento de Blanca.

Quede ahí esa lira melodiosa, suspendida del laurel inmarcesible, exhalando los aromas de las resinas orientales, modulando los arpegios de las cuerdas alemanas, ya herida por el plectro griego, ya vibrante al hálito de las almas soñadoras!

S. Estrada.

Buenos Aires, 19 de Marzo de 1879.

PATRI CARISSIMO

Proteja tu recuerdo el flébil canto
Que exhalo en estas rimas suspiradas;
Pálidas hojas de flexible acanto
A una rota columna entrelazadas.

Hoy que el silencio en mi efusión quebranto —
Del edén á las cumbres sonrosadas,
Filial ofrenda que sublima el llanto,
Lleven mi voz las auras perfumadas.

¡ Alúmbreme un destello de tu gloria,
Óptimo padre ! y desde el cielo riega
Mi huerto, por que dé frutos mejores.

Mas ¡ ay ! que sumergido en tu memoria,
Mi vida ya en su otoño se repliega
Como rústica tienda de pastores !

HOJAS AL VIENTO

¡Allá van! son hojas sueltas
De un árbol escaso en fruto;
Humildísimo tributo
Que da al mundo un corazón.
Allá van, secas, revueltas
En confuso torbellino,
Sin aroma, sin destino,
Á merced del aquilón.

Esas hojas los ensueños
De la vida simbolizan,
Cuando puros divinizan
La ventura ó el afán;
Son emblema de risueños
Devaneos, que en su aurora
La ilusión virgen colora,
Y que nunca ¡ay! volverán!

¡Hojas mustias y sombrías!
Ya las ramas que adornaron
Tristemente se doblaron;
El pampero sopló allí.
Las agrestes armonías
Que otro tiempo al aire dieron,
De la tarde se perdieron
En la bruma carmesí.

Allá van, sí, desprendidas
Por las ráfagas de otoño,
Sin que dejen ni un retoño
En su tránsito fugaz;
¡Pobres hojas esparcidas,
Por el viento arrebatadas
De las vegas encantadas
Á que dieron sombra y paz!

Á MANUEL C. GOUVEA (*)

Nova Friburgo (Brasil)

Tú que en mis selvas penetras
Y en mis valles apartados,
Por mis versos extraviados
Me preguntas en tus letras.

¿Al crepúsculo no oiste,
Del oloroso *arazá*
En la hojarasca, al *sabiá*
Gorjear ya alegre, ya triste?

Aislado, así mis cantares
Di al viento en estas montañas,
Al susurro de las cañas,
Al rumor de los palmares.

(*) Refiérese esta composición á un cuaderno donde se hallaban manuscritas las primeras poesías del autor, de que no conservó copia, y que se extraviara al remitirlo al amigo á quien dirige sus versos.

Eran suspiros de amor,
Tiernos recuerdos de niño,
Vibraciones de cariño
En el harpa del dolor.

Raudal que se precipita
De las cimas victoriosas ;
Simple guirnalda de rosas
Puesta en la cruz de una ermita.

Del fuego interno centellas,
Que en el templo de la fama
La ambición de gloria inflama —
Ora chispas, ora estrellas.

Eran todo y no eran nada ;
Arranques del corazón,
Sueños, delirio, ilusión ;
Niebla y luz de la alborada !

*
* *

¡ Oh mis versos amados ! se han perdido,
Como de un ave las ligeras plumas
Cuando por vez primera, entre las brumas
Del bosque deja, al aclarar, el nido.

¡ No importa ! Revestida en nuevas galas,
Vigorizada en límpidos raudales,
A mayores alturas ideales
Desplegará mi inspiración sus alas.

La juventud, amigo, que columbra
Quizás en mi destino un sol futuro,
De mi estrecha prisión derriba el muro,
Y con palmas de luz mi frente alumbra.

Mira ! ya en alto mi pendón tremola,
En tanto que una voz sublime, extraña,
« Canta » me dice — « y trepa la montaña,
Audaz plantando allí tu tienda sola ».

Acaso un eco de la musa antigua
Es esa voz; algún suspiro acaso
De los sagrados bosques del Parnaso
Que el viento de los siglos no amortigua.

Do quier escucho en torno aquel acento
Que resuena en mi espíritu y me arroba.
De noche llega hasta mi pobre alcoba,
Algunas veces himno, otras lamento.

Retumba en el fragor de los torrentes,
Vibra en los juncos con que se orna el río;
En las peñas que azota el mar bravío
Resurte, y en los prados florecientes.

Estalla en el turbión, ruge en el trueno,
En la orgía, en el templo se desliza;
A todo cuanto hay bello se harmoniza
Y á agitar viene mi anhelante seno....

Ya no resisto; el arte, el estro, el hado,
Me arrastran. ¡Oh embriaguez noble, celeste!
¡Á mí la lira! y que tu mano apreste
Para ornarla un laurel recién cortado.

Mis versos, de la vida en las bermejas
Auroras, volarán raudos, vibrantes,
Cual en busca de cármenes fragantes
Del Hybla las melíficas abejas.

Y ora trovando en la fortuna erguido,
Ora en la tierra mísero trovando,
Avanzaré cayendo y levantando,
Como un león en el desierto herido.

Yo lucharé; diviso en lontananza
De la inmortalidad las arduas cumbres.
Á ellas me guían vívidos vislumbres
De gloria, que iluminan mi esperanza.

Con todo, si desmayo en el camino,
Conozco bien tu hogar; mi fe ya muerta,
Iré confiado á golpëar tu puerta,
Contigo á compartir el pan y el vino.

LA ESPERANZA

La Esperanza! sublime, íntimo anhelo;
Aspiración ideal, indefinida,
Que eleva al hombre de la tierra al cielo
En alas de la férvida ilusión;
Llama vivaz que lenta nos consume
Al par que alumbra el campo de la vida,
Y que en vapor disuelve y en perfume
La savia del ardiente corazón.

Espíritu gentil en la mirada
De la púdica virgen resplandece;
En la frente del héroe laureada,
Del labrador en el humilde hogar.
La estrella enciende del proscripto errante
Que de la patria lejos desfallece,
Y al náufrago en su barca zozobrante
Sostiene y guía en el rugiente mar.

¡Flor inmortal regada con el llanto
De que es el alma inagotable mina;
Secreto numen, misterioso encanto,
Lámpara asida á la sagrada cruz!
¿Qué corazón tu influjo no ha sentido?
¿Tu claridad qué sombras no ilumina,
Si hasta en la densa noche del olvido
Dulce penetra tu bendita luz?

Soñando el porvenir que les predices
Te acarician los pálidos mortales,
Y en su cárcel sintiéndose infelices,
De tu huella anhelantes van en pos.
— «¡Más allá!» les repites, el vacío
Les cerca, y con tus velos virginales
Benigna ocultas su sepulcro frío,
Y alzas de allí su espíritu hasta Dios!....

Cuando todo perezca, cuando el mundo
Desquiciado retiemble en el espacio
Y se hunda del caos en lo profundo,
Tú aun vivirás ungida por la fe,
Como una joven reina destronada
Contemplando en rüinas su palacio,
Ó te alzarás al cielo inmaculada
Cual la blanca paloma de Noé!

LA INOCENCIA

¡Cuánto á su vista el corazón se ensancha!
Simple y modesta y pura,
Del recental sin mancha
Tiene la mansedumbre y la blancura:
Amiga de los niños,
Está llena de gracia y de cariños.
Há poco la soñé — fué un sueño vago;
Pasó como la sombra
De un raudo cisne sobre el terso lago.
Cuando ella me aparece
Reflejada en las risas de la infancia,
Una suave fragancia
Me anuncia que mi vida reverdece.
Sí, yo la ví ¡qué digo! aun la contemplo
De frescas y albas rosas coronada,
Rubia vestal que en busca va del templo
Al fulgor de la aurora sonrosada.
Adórnala flotante un blanco velo;
En anchas ondas, leve,
La cubre el seno virginal de nieve
Que jamás palpitar hizo el recelo.
Al mirarla imagino
Cuando en mi mente pasa

Al dulce rayo que su vista enciende,
Que una nube de gasa
A arrebatarla vino
Y en el aire azulado la suspende.
Su faz bañada en resplandor divino
Nunca sintió el calor de los sonrojos,
Pues ella ignora hasta su ideal belleza
Que acaso un numen consagró de hinojos.
En sus celestes ojos
Solo tremente brilla
La llama azul que irradia en su pureza
Su alma ingenua y sencilla,
Donde duermen sus vagas impresiones,
Sus castos pensamientos,
Cual graciosos alciones
En su nido aguardando en la ribera,
Para cruzar el mar y hender los vientos,
Á que el naciente sol luzca en la esfera.
Así bella, serena, harmonïosa,
La virgen noble avanza ;
Tiene al andar el aire de una diosa
Y la dulce atracción de la esperanza.
¡ Oh espíritus ! ¡ oh genios tutelares !
Llevadla inmaculada á sus altares !

Mas ¡ ay ! súbitamente
La salen al camino
Amor audaz, y el Tiempo diligente,
Que lleva como marca de su sino

El dolor de los siglos en la frente :
        Amor vivo y risueño
Que por cada ventura apaga un sueño ;
Y el Tiempo, infatigable peregrino
Que en marcha al infinito halló á la Vida,
A quien después de agasajar enluta,
Mezclando al néctar la mortal cicuta
En el festín eterno á que convida.

Y la Inocencia, confíada, á ellos
Fuese, y en brazos del infante alado,
Del césped en la alfombra de esmeralda,
Se aduerme al rayo de la blanca luna ;
        En tanto que á su espalda
Que en lluvia de oro inundan sus cabellos,
El viejo segador de rostro airado,
Con temblorosa mano una tras una
Las rosas le arrancó de su guirnalda !

MARMÓREA

¡Marmórea, triste, enferma!... Desmayada
Como el sauce llorón que en la laguna
Mira su verde faz desconsolada,
En neblina se viste, en luz de luna.

Ya apenas se sonríe, ya su ojos
Irradian solo un vago y tierno anhelo,
Y cual si orase ante el altar de hinojos,
Dulces los vuelve sin querer, al cielo.

En éxtasis quizás escucha un canto
Divino, melancólica plegaria,
Himno tal vez de amor ó eco de llanto
De alguna alma doliente y solitaria.

Acaso envuelta en armoniosas brumas,
Del aire los espíritus alados,
Con tenues abanicos de albas plumas
La orean los cabellos perfumados.

¡ Languidez de torcaz ! ¡ Que alabastrina
Blancura ! ¡ Qué fulgor de la mirada
Soñando el ideal ! Cuando camina
Parece por los céfiros llevada.

Replegando sus alas como un ave,
En ella el sentimiento se ha dormido ;
Solo aspira á la paz, serena y grave,
Á la paz de la ausencia y del olvido.

¡ La vierais, candidísima camelia,
Con su vestido blanco de amplia falda,
Semejante á Desdémona, ó á Ofelia
Deshojando en las ondas su guirnalda!

Si toca el piano el instrumento gime ;
Si canta, es murmurando una elegía
Con expresión patética, sublime :
Mas ella siempre indiferente y fría !

¿ Cómo extinguióse la celeste llama
Que alimentó su seno ? ¿ Qué honda pena
En su angélico espíritu derrama
El opio que la calma y la envenena ?......

¡ Enferma, casi exánime !...... Traidora
La fiebre lentamente la consume,
Y á su ardor su existencia se evapora
Cual de alba rosa mística el perfume.
....

¡ Brisas del mar, del campo auras vitales,
Efluvios de la selva y del torrente,
Vivas exhalaciones matinales,
Raudas venid y refrescad su frente!

De su hermosura el esplendor rosado
Volvedla, y la salud que en ella expira,
Porque torne á latir su pecho helado
Y á vibrar de su ser la interna lira.

Está en la edad en que el amor florece,
Protéjala el amor. Su blanca estrella
En sus divinos ojos resplandece.
¡ Jamás se apague al reflejarse en ella !

Á ITALIA

(1859)

¡AL fin te alzaste! tus gloriosas manos
Empuñaron al fin la antigua espada,
Que en tus propias cadenas, afilada
Ora amenaza herir á tus tiranos.

¡Ea, Italia! en los montes, en los llanos,
Embiste al opresor; allí vengada
Deja tu larga afrenta, y cimentada
La herencia de tus grandes ciudadanos.

Tuyo el triunfo será; mi fe lo jura
Por las sombras impávidas y austeras
De Bruto y de Catón. ¡Corre al combate!

Ya la Europa ha vestido su armadura,
Y asiste, desplegando sus banderas,
Noble cautiva á tu inmortal rescate!

CHANT D'AMOUR

(LAMARTINE)

Naples, 1822.

Si tu pouvais jamais égaler, ô ma lyre!
Le doux frémissement des ailes du zéphire
A travers les rameaux,
Ou l'onde qui murmure en caressant ces rives,
Ou le roucoulement des colombes plaintives
Jouant aux bords des eaux;

Si, comme ce roseau qu'un souffle heureux anime,
Tes cordes exhalaient ce langage sublime,
Divin secret des cieux,
Que, dans le pur séjour où l'esprit seul s'envole,
Les anges amoureux se parlent sans parole,
Comme les yeux aux yeux;

Si de ta douce voix la flexible harmonie,
Caressant doucement une ame épanouie
Au souffle de l'amour,

CANTO DE AMOR (1)

(LAMARTINE)

Nápoles, 1822.

Si tú imitar pudieras ¡oh lira! el tremulante
Susurro que alza el aura, de la arboleda, errante
Vagando so el dosel;
Del lago en estas playas el plácido murmullo,
Ó cuando juega á orillas del agua, el tierno arrullo
De la paloma fiel;

Si cual la frágil caña que el viento ebrio de aroma
Columpia, repitieses aquel sublime idioma,
Secreto divinal,
Que al modo que los ojos, los ángeles amantes
Se hablan sin palabras, del éter fulgurantes
En la región ideal;

Si la armonía fácil con que tu voz exhalas,
Acariciando una alma que desplegó sus alas
Al soplo del amor,

(1) Véanse las notas al fin del volumen.

La berçait mollement sur de vagues images,
Comme le vent du ciel qui berce les nuages
Dans la pourpre du jour :

Tandis que sur les fleurs mon amante sommeille,
Ma voix murmurerait tout bas à son oreille
Des soupirs, des accords,
Aussi purs que l'extase où son regard me plonge,
Aussi doux que le son que nous apporte un songe,
Des ineffables bords.

Ouvre les yeux, dirais-je, ô ma seule lumière!
Laisse-moi, laisse-moi lire dans ta paupière
Ma vie et ton amour :
Ton regard languissant est plus cher à mon ame
Que le premier rayon de la céleste flamme
Aux yeux privés du jour.

*
* *

Un de ses bras fléchit sous son cou qui le presse,
L'autre sur son beau front retombe avec mollesse
Et le couvre à demi :
Telle, pour sommeiller, la blanche tourterelle
Courbe son cou d'albâtre et ramène son aile
Sur son œil endormi.

Meciérala entre imágenes flotantes, indecisas,
Cual á las blancas nubes las celestiales brisas
En el purpúreo albor ;

En tanto que mi amante dormita entre las flores,
Velando mis suspiros, mis cántigas mejores
La diera en grato afán ;
Tan puras como el éxtasis que al verla me domina;
Tan suaves como en sueños la música divina
Que las esferas dan.

Diría, abre los ojos mi luz, déjame en ellos,
Oh! deja, si, contemple feliz, mi vida, y bellos
Revélenme tu amor;
Tu lánguida mirada más dicha en mi destella,
Que al que en tinieblas yace, la fúlgida centella
Del astro vencedor.

*
* *

Descansa sobre un brazo la juvenil cabeza;
Con morbidez el otro celando su belleza
La encubre media faz.
Así, ante los ojos, si al sueño desfallece,
Desdobla el ala, inclínase, y dulce se adormece
Bajo ella la torcaz.

Le doux gémissement de son sein qui respire
Se mêle au bruit plaintif de l'onde qui soupire
A flots harmonieux ;
Et l'ombre de ses cils, que le zéphir soulève,
Flotte légèrement comme l'ombre d'un rêve
Qui passe sur ses yeux.

*
* *

Que ton sommeil est doux, ô vierge, ô ma colombe!
Comme d'un cours ègal ton sein monte et retombe
Avec un long soupir!
Deux vagues que blanchit le rayon de la lune,
D'un mouvement moins doux viennent l'une après l'une
Murmurer ou mourir!

*
* *

Laisse-moi respirer sur ces lèvres vermeilles
Ce souffle parfumé... Qu'ai-je fait? tu t'éveilles.
L'azur voilé des cieux
Vient chercher doucement ta timide paupière;
Mais toi... ton doux regard, en voyant la lumière,
N'a cherché que mes yeux.

*
* *

Del seno el suave anhélito que exhala tenue y vago,
Se mezcla á las oleadas armónicas del lago
Que arrulla gemidor;
De sus pestañas negras la sombra temblorosa,
Semeja en su semblante la imagen vaporosa
De un sueño volador.

*
* *

¡Cuán dulcemente duermes, oh lirio de inocencia!
¡Con qué igualdad tu pecho se agita! ¡Qué cadencia,
Qué fácil respirar!
Dos olas argentadas por la luciente luna,
Más suaves en la playa no vienen una á una
Besándola á expirar!

*
* *

¡ Oh, deja de tus labios de rosa el perfumado
Y fresco aliento aspire... ¡Qué hice! has despertado!
El cielo azul turquí
Tus ojos adormidos procura dulcemente,
Mas tú al abrirlos suaves al día refulgente,
Los fijas solo en mí.

*
* *

Ah! que nos longs regards se suivent, se prolongent,
Comme deux purs rayons l'un dans l'autre se plongent,
Et portent tour à tour
Dans le cœur l'un de l'autre une tremblante flamme,
Ce jour intérieur que donne seul à l'ame
Le regard de l'amour!

Jusqu'à ce qu'une larme aux bords de ta paupière,
De son nuage errant te cachant la lumière,
Vienne baigner tes yeux,
Comme on voit au réveil d'une charmante aurore
Les larmes du matin qu'elle attire et colore,
L'ombrager dans les cieux.

*
* *

Parle-moi, que ta voix me touche!
Chaque parole sur ta bouche
Est un écho mélodieux.
Quand ta voix meurt dans mon oreille,
Mon ame résonne et s'éveille,
Comme un temple à la voix des dieux.

Un souffle, un mot, puis un silence,
C'est assez: mon ame devance
Le sens interrompu des mots,

Ah ! de ambos la mirada vivaz, larga, profunda,
Cual dos rayos divinos, en una se confunda,
Llevando con ardor
A nuestros corazones la llama temblorosa,
Aquel interno fuego que al alma fervorosa
Tan solo da el amor!

Hasta que alguna lágrima furtiva, nube errante,
De tu pupila al borde, anúblete el semblante
Con sombras de pesar,
Como al nacer la aurora, de la mañana el llanto
Que pinta y que recogen las orlas de su manto,
Su luz viene á empañar.

*
* *

Háblame ¡ cuánto me encanta
Tu voz melodiosa ! canta
Aun si callas en mi ser,
Y cual un templo al acento
De los númenes, me siento
Reanimar y estremecer.

Una palabra, un suspiro,
Luego el silencio—te miro
Y basta ; sé adivinar

Et comprend ta voix fugitive,
Comme le gazon de la rive
Comprend le murmure des flots.

Un son qui sur ta bouche expire,
Une plainte, un demi-sourire,
Mon cœur entend tout sans effort :
Tel, en passant par une lyre,
Le souffle même du zéphire
Devient un ravissant accord!

Pourquoi sous tes cheveux me cacher ton visage?
Laisse mes doigts jaloux écarter ce nuage:
Rougis-tu d' être belle, ô charme de mes yeux?
L'aurore, ainsi que toi, de ses roses s'ombrage.
Pudeur, honte céleste, instinct mystérieux;
Ce qui brille le plus se voile davantage;
Comme si la beauté, cette divine image,
N'ètait faite que pour les cieux!

Tes yeux sont deux sources vives
Où vient se peindre un ciel pur,
Quand les rameaux de leurs rives
Leur découvrent son azur.
Dans ce miroir retracées,
Chacune de tes pensées

Tu idea que en mi alma brilla,
Como el musgo de la orilla
Comprende el rumor del mar.

De tu boca un blando acento,
Una sonrisa, un lamento,
Sé sin esfuerzo sentir;
Tal al rozar una lira
El aura que en torno gira
La hace armoniosa gemir.

¿Por qué el rostro me ocultas con tus cabellos? deja
Que de él celosa aparte mi mano esa madeja.
¿Te ruboriza acaso, mi encanto, tu hermosura?
También la aurora en rosas su candidez purpura.
¡Pudor, sonrojo santo! ¡oh instinto misterioso,
Que da más sombra á aquello que brilla más radioso,
Como si la belleza, del cielo luz divina,
Debiese habitar solo su esfera cristalina!

Tus ojoz vivos raudales
Son que el cielo azul procura,
Mirándose en sus cristales
A través de la espesura.
Tus pensamientos flamantes
En ellos rayos brillantes

Jette en pasant sou èclair;
Comme on voit sur l'eau limpide
Flotter l'image rapide
Des cygnes qui fendent l'air.

Ton front, que ton voile ombrage
Et découvre tour à tour,
Est une nuit sans nuage
Prête à recevoir le jour;
Ta bouche, qui va sourire,
Est l'onde qui se retire
Au souffle errant du zéphir,
Et sur ces bords qu'elle quitte
Laisse au regard qu'elle invite,
Compter les perles d'Ophir.

Tes deux mains sont deux corbeilles
Qui laissent passer le jour;
Tes doigts de roses vermeilles
En couronnent le contour.
Sur le gazon qui l'embrasse
Ton pied se pose, et la grace,
Comme un divin instrument,
Aux sons égaux d' une lyre
Semble accorder et conduire
Ton plus léger mouvement.

*
* *

Reflejan ; así al hender
Los cisnes el aire manso,
Vese en el limpio remanso
Veloz su sombra correr.

Tu sien ora en tul velada,
Descubierta y libre ora,
Es una noche azulada
Que está á espera de la aurora ;
Y tu boca sonrïente
La ola pura y decreciente
Que las brisas hacen huir,
Y del borde á que se aleja
A los ojos que atrae deja
Contar las perlas de Ofir.

Son tus manos soberanas
Dos transparentes cestillas ;
Sus dedos de rosas granas
Les festonan las orillas.
Besa el césped tu ligera
Leve planta, y hechicera
La gracia como un laúd
Celeste, tus pasos guía,
Y su ritmo y armonía
Te impregnan en su virtud.

*
* *

Porquoi de tes regards percer ainsi mon ame
Baisse, oh! baisse tes yeux pleins d'une chaste flamme:
Baisse-les, ou je meurs.
Viens plutôt, lève-toi! Mets ta main dans la mienne;
Que mon bras arrondi t'entoure et te soutienne
Sur ces tapis de fleurs.

*
* *

Aux bords d'un lac d'azur il est une colline
Dont le front verdoyant légèremente s'incline
Pour contempler les eaux;
Le regard du soleil tout le jour la caresse,
Et l'haleine de l'onde y fait flotter sans cesse
Les ombres des rameaux.

Entourant de ses plis deux chènes qu'elle embrasse,
Une vigne sauvage à leurs rameaux s'enlace,
Et, couronnant leurs fronts,
De sa pâle verdure éclaircit leur feuillage,
Puis sur des champs coupés de lumiére et d'ombrage
Court en rians festons.

Là, dans les flancs creusés d'un rocher qui surplombe,
S'ouvre une grotte obscure, un nid où la colombe
Aime à gémir d'amour;

¿ Por qué castos y ardientes el alma me traspasan
Tus ojos? Ah! mitiga el fuego en que me abrasan,
Le aparta ó moriré !
Mas no, ven, ven, levántate, y en amoroso lazo
Sobre el florido césped ciñéndote mi brazo
Tu talle sostendré.

*
* *

De un lago azul al margen se yergue una colina
Cuya verdeante cumbre con suavidad se inclina
La linfa á contemplar;
El sol durante el día refléjase en el onda,
Y al céfiro marino las sombras de la fronda
Fluctúan sin cesar.

De dos viejas encinas asidos al ramaje,
Se enredan los sarmientos de fresca vid salvaje,
Y orlando en grata unión
Sus copas, las realzan los pámpanos sagrados,
Que se entran por los valles lucientes ó sombreados,
En vívido festón.

Allí en el flanco hendido de un risco, una caverna
Se encuentra, verde gruta do la paloma tierna
De amores va á gemir;

La vigne, le figuier, la voilent, la tapissent;
Et les rayons du ciel, qui lentement s'y glissent,
Y mesurent le jour.

La nuit et la fraîcheur de ces ombres discrètes
Conservent plus long-temps aux pâles violettes
Leurs timides couleurs;
Une soucre plaintive en habite la voûte
Et semble sur vos fronts distiller goutte à goutte
Des accords et des pleurs.

Le regard, à travers ce rideau de verdure,
Ne voit rien que le ciel, et l'onde qui'l azure;
El sur le sein des eaux
Les voiles du pècheur, qui, couvrant sa nacelle,
Fendent ce ciel liquide, et battent comme l'aile
Des rapides oiseaux.

L'oreille n'entend rien qu'une vague plaintive
Qui, comme un long baiser, murmure sur sa rive,
Ou la voix des zéphirs,
Ou les sons cadencés que gémit Philomèle,
Ou l'écho du rocher dont un soupir se mêle
A nos propres soupirs.

*
* *

La vid, la higuera fértil, la ocultan, la entapizan,
Y en ella el día miden los rayos que deslizan
De un cielo de zafir.

La noche y la frescura de sombras tan discretas,
Conservan de las húmedas y pálidas violetas
El tímido color;
Un manantial sonoro de entre la piedra brota,
Y canta ó se lamenta filtrando gota á gota
Su virginal licor.

Por entre esa cortina de rústica verdura,
Se ve tan solo el éter, el agua en que fulgura,
Y en su cerúlea faz,
Del pescador la vela, que al encubrir hinchada
Su barca, aquel espejo del cielo hiende alada
Cual pájaro fugaz.

Tan solo se oye en torno la ola plañidera
Que como un largo beso murmura en la ribera,
Del aura el vago son,
De Filomena el canto candencïoso y flébil,
Ó unidos de nuestra alma con el suspiro débil,
Los ecos del peñón.

*
* *

Viens, cherchons cette ombre propice
Jusqu'à l'heure où de ce séjour
Les fleurs fermeront leur calice
Aux regards languissans du jour.
Voilà ton ciel, ó mon étoile!
Soulève, oh! soulève ce voile,
Éclaire la nuit de ces lieux;
Parle, chante, rêve, soupire,
Pourvu que mon regard attire
Un regard errant de tes yeux.

Laisse-moi parsemer de roses
La tendre mousse où tu t'assieds,
Et près du lit où tu reposes,
Laisse-moi m'asseoir à tes pieds.
Heureux le gazon que tu foules,
Et le bouton dont tu déroules
Sous tes doigts les fraìches couleurs!
Heureuses ces coupes vermeilles
Que present tes lèvres, pareilles
A l'abeille, amante des fleurs!

Si l'onde des lis qu'elle cueille
Roule les calices flètris;
Des tiges que sa bouche effeuille
Si le vent m'apporte un débris;
Si la boucle qui se dénoue

Ven, aquel sitio apartado
Procuremos, hasta ver
Se hayan sus flores cerrado
Del sol al rayo postrer.
Ese, mi estrella, es tu cielo;
Levanta, levanta el velo,
Tu esplendor difunde allí;
Habla, canta, sueña, llora,
Mas detén encantadora
Tu mirada errante en mí.

Deja siembre el musgo en rosas
Donde tú en descanso estés,
Y del lecho en que reposas
Deja me siente á tus pies.
Feliz la grama que huellas,
El botón que abren tus bellas
Manos, de rico frescor,
Y esas corolas bermejas,
Que libas cual las abejas
Amantes de toda flor.

Si el lirio mustio que arroja
Flota en la linfa de añil,
Ó del tallo que deshoja
Gozo la esencia sutil;
Si su cabello ondëante

Vient, en ondulant sur ma joue,
De ma lèvre effleurer le bord :
Si son souffle lèger résonne,
Je sens sur mon front qui frissonne
Passer les ailes de la mort.

Souviens-toi de l'heure bénie
Où les dieux, d'une tendre main,
Te répandirent sur ma vie
Comme l'ombre sur le chemin.
Depuis cette heure fortunée,
Ma vie à ta vie enchainée,
Qui s'ècoule comme un seul jour,
Est une coupe toujours pleine,
Où mes lèvres à longue haleine,
Puisent l'innocence et l'amour.

*
* *

Un jour le temps jaloux, d'une haleine glacée,
Fanera tes couleurs comme une fleur passée
Sur ces lits de gazon ;
Et sa main flétrira sur tes charmantes lèvres
Ces rapides baisers, hélas ! dont tu me sèvres
Dans leur fraìche saison.

Por mi rostro, al labio amante
Perfumado llega, ó bien
Si alcanzo á sentir su aliento,
De la muerte el ala siento
Rozar mi agitada sien.

Recuerda el dichoso instante
En que un numen inmortal
Te esparció en mi vida errante,
Grata sombra en campo erial.
Desde entonces fortunada
Nuestra existencia hermanada
Dando un solo resplandor,
Es un cáliz siempre lleno
En que apura ávido el seno
La inocencia y el amor.

* * *

De tí envidioso un día el tiempo helado, aleve
Tu fausta primavera marchitará, flor breve
Que pasa en el verjel,
Y agostará en tu boca graciosa y purpurina
¡Aymé! los raudos besos de que eres tan mezquina
En su estación de miel.

Maís quand tes yeux, voilés d'un nuage de larmes,
De ces jours écoulées qui t'ont ravi tes charmes
Pleureront la rigùeur:
Quand, dans ton souvenir, dans l'onde du rivage
Tu chercheras en vain ta ravissante image,
Regarde dans mon cœur.

Là ta beauté fleurit pour des siècles sans nombre;
Là ton doux souvenír veille à jamais à l'ombre
De ma fidélité,
Comme une lampe d'or dont une vierge sainte
Protège avec la main, en traversant l'enceinte,
La tremblante clarté.

Et quand la mort viendra, d'un autre amour suivie,
Éteindre en souriant de notre double vie
L'un et l'autre flambeau,
Qu'elle étende ma couche à côté de la tienne,
Et que ta main fidéle embrasse encor la mienne
Dans le lit du tombeau.

Ou plutôt puissions-nous passer sur cette terre,
Comme on voit en automne un couple solitaire
De cygnes amoureux
Partir, en s'embrassant, du nid qui les rassemble,
Et vers les doux climats qui'ls vont chercher emsemble
S'envoler deux à deux!

Mas cuando el llanto anuble tu frente, que los años
Fugaces, desluciendo tus gracias, desengaños
Te brinden y dolor,
Que en vano en tu memoria procures y en la calma
Del lago azul tu imagen—contémplala en mi alma,
Risueña en su esplendor.

Allí tu beldad siempre florece, y siempre amado
Y eterno tu recuerdo palpita, resguardado
Por mi fidelidad,
Como de una áurea lámpara, la virgen consagrada
Cruzando el templo, encubre con mano delicada
La ardiente claridad.

Y cuando blanda llegue de un otro amor seguida
La muerte, y que la antorcha de nuestra doble vida
Fatal venga á extinguir—
Al lado de tu lecho también extienda el mío,
Y asidas nuestras manos, ni aún el sepulcro frío
Nos pueda desunir.

Mas antes este mundo de tránsito crucemos
Como esos tiernos cisnes que en el otoño vemos
Del uno el otro en pos,
Partir, acariciándose, de sus calientes nidos,
Y hácia los dulces climas que van buscando unidos
Volar de dos en dos!

FLOR DE LA VIDA

ESTA noble sentencia
    Que tengo en blanco mármol, ya esculpida,
Me dijo un sabio de ática elocuencia
Que recuerda á Platón: « La inteligencia
        Es la flor de la vida ».

LA AURORA

Huyen las sombras; ya á su antro acorre
Siniestro el crimen, y el buho ya
La grieta oscura de antigua torre
Con sesgo vuelo buscando va.

Parte Romeo. Dulce Julieta
Toda tremante cierra el balcón.
De torpe orgía vuelve Violeta (*)
Rasgado el traje y el corazón.

Fausto sus libros cierra, el misterio
Buscando en vano del ser; — oid!
Son las campanas del monasterio;
A orar, nos dicen, fieles, venid!......

(*) *Violeta:* célebre *hetaria* griega, y principal figura en la bella ópera de Verdi, «La Traviata».

Despunta el alba. Pálidas, bellas,
Cual los recuerdos del bien que huyó,
Brillan algunas dulces estrellas
Con que la noche su frente ornó.

Vacilan, tiemblan, se apagan; luego
Del horizonte vénse al confín,
Ráfagas tenues, franjas de fuego,
Limpios celajes de oro y carmín.

¡Salve, es la aurora! raudal de vida,
Sonrisa alegre del cielo; es
La blanca ninfa del sol querida,
Fresca surgiendo de entre áurea mies.

Dulce reflejo de la mirada
De Dios, contento del esplendor
De su obra, cuando acabada
Pudo abrazarla su inmenso amor.

Fué á esta hora que á Eva divina
Por vez primera contempló Adan;
Que en los desiertos de Palestina
Jacob errante llegó al Jordán.

Al alba pura, ¡ oh almas sinceras !
Labán, sus hijas Lía y Raquel
Tierno bendijo so las palmeras :
Agar se aleja con Ismaél.

Y el pastor árabe, no bien rayaba
Sobre las tiendas la claridad,
Ágiles cabras apacentaba
En las colinas de Galáad.

¡ Soberbio ! al paso que el día avanza
Brotan torrentes de luz, y bien
Como en delirio, la vista alcanza
Las maravillas de un nuevo edén.

¡ Región excelsa de ensueños vagos !
Palacios, templos, islas, allí
Se ven, rüinas, volcanes, lagos
Con amplias olas de carmesí.

¡ Fiesta magnífica del grande cielo !
¿ Quién describirla jamás podrá ?
¿ Qué fantasía su osado vuelo
Al claro olimpo remontará ?

Monstruos, quimeras, grifos, dragones
Con ígneas alas, cruzan, y en mil
Bellas y extrañas transformaciones
Pueblan el aire puro y sutil.

Del hondo averno sombras austeras,
Parece, surgen á conquistar
El rojo oriente, que sus banderas
Victorïosas hace flamear.

Cúbrese el éter de iris fulgentes,
De esmaltes ricos en fondo azul,
Y leves, finas, resplandecientes,
Las nubes tienden su róseo tul.

La luz en ellas con mil cambiantes
Se quiebra, y forma vivo arrebol,
Mientras la borda con sus diamantes
Trémulo el rayo del almo sol.

¡El sol! monarca del alto coro
De estrellas, magno, sacro, inmortal;
Guerrero inmenso del casco de oro,
Padre del día bello y triunfal!

No bien del monte brilla en la cumbre,
Cantan las aves, y en el verjel
Que anima y baña su regia lumbre,
La flor rebosa de incienso y miel.

Y así que el disco soberbio asoma,
Su lujo ostenta la creación ;
Levanta el vuelo la fiel paloma,
Fiero, de gozo ruge el león.

Del Infinito vasto santuario,
Álzanle un himno la tierra, el mar ;
Es cada árbol un incensario,
Cada montaña sublime altar.

¡ Hosanna ! el día que luce expande
Sedienta el alma de luz y amor ;
¡ Hosanna ! ¡ hosanna ! Dios solo es grande,
¡ Gloria en los siglos, gloria al Creador !

MYRTHA EN EL BAÑO

FRESCA es el onda, azul y cristalina,
En que baña su cuerpo de alabastro
La rubia Myrtha, al resplandor del astro
Que pálido las sombras ilumina.
La juventud divina
Ennoblece sus mágicos hechizos,
Mezclando en un conjunto soberano
La grana tiria y el marfil indiano.
Al desflocar gentil sus blondos rizos
Por el agua escarchados, semejaba
Del río una alba y vaporosa ondina,
Que de las grutas de coral se alzaba
Jugando en sus cristales movedizos.

Oculto en la vecina
Margen, entre el nepentes y el acanto,
Detrás de una florida y verde acacia,
Sentí mis ojos anegarse en llanto
Al ver tanta belleza y tanta gracia!

Ella creíase sola,
Pues dejara sin velo
Los encantos que á amor reservó el cielo:
Vinieron á besarla ola tras ola.
Una dulce aureola
De castidad en su contorno brilla,
Y Cintia al contemplarla sin mancilla
En sus plateadas blondas envolvióla.

Yo todo embebecido,
En vano quise retirarme, en vano;
Un genio ¡oh dulce arcano!
El tierno genio á mi existencia unido,
Me embargaba el deseo, el movimiento,
Y en insinuante acento,
Y expresivo lenguaje,
Así me habló invisible entre el follaje:
— « Mortal cuya alma perturbó la duda,
La sien inclina á la beldad desnuda,
Que en su armonioso y divinal conjunto,
De los cielos trasunto,
El sello del Eterno augusta lleva,
Púdica Venus ó inocente Eva ».

Sintiendo de mi culpa los sonrojos,
En la húmeda grama
Entonces la adoré puesto de hinojos,

Pidiéndola un destello de su llama;
La adoré hasta el momento
En que salió del río esplendorosa,
Inmaculada y pura,
Como la blanca diosa
Que surgiendo del líquido elemento,
Fué reina del amor y la hermosura.

Luego al modo del ciervo fugitivo
Que huye el arco de Diana cazadora
De la apiñada fronda en los doseles;
Tembloroso, furtivo,
Me deslicé á esperar la nueva aurora
A un boscaje de mirtos y laureles.

Siempre quedóle impreso
Aquel recuerdo al alma—ardiente beso
De la inmortalidad, que de poesía
Inundóla, y de luz y de harmonía!

¡QUINCE AÑOS!

¡Quince años! ¡dulce edad
En que el alma de las vírgenes
Como una flor se abre al soplo
De las brisas juveniles!
Verde el árbol de la vida
Con esplendor se reviste
De frutos de oro, que encierran
De amor el supremo elíxir.
Edad en que traspasado
De la infancia el fresco límite,
La mujer llevando el sello
De su celestial origen,
Entra ufana de la vida
Por los senderos difíciles,
Semejante á aquellas aves
Que del golfo entre las sirtes,
Aunque tumultuoso el viento
Su blanco plumaje rize,
Con manso vuelo se ciernen
Sobre las olas terribles.
Edad de la rubia Eva
Cuando á la aurora sublime

Apareció, fiel trasunto
De soñados serafines.
Bella edad cuyo horizonte
Irisan ricos matices ;
Auréola luminosa
Que Dios enciende y bendice ;
Cálido oasis que invita
A soñadora molicie
Entre la rosa fragante
Y las violetas humildes,
Cuando al rumor de las palmas
Y al susurro de los mimbres,
Cruzan en lagos de plata
Grupos de pálidas *Willis*. (2)
Todo en ella es harmonía,
Todo canta, todo vive,
La ilusión y la esperanza
Cual dos hermanas sonríen.
Entonces ¡ cuántas venturas
La imaginación no finje,
Condensadas en recuerdos
Luego y en lágrimas tristes !
Lágrimas ¡ ay ! que derrama
La juventud al partirse,
Como la nube fugaz
Que de oro y gualda se viste,
Esparce su fresco llanto
Sobre los campos felices
Antes que el viento de otoño
En el éter la disipe.

Es en esa edad dichosa
(¿Quién hay que al vivo la pinte?)
En la cual ostenta Julia
La pompa de sus abriles.
Y bien, á fe, puede hacerlo
Con su blancura de cisne,
La de los negros cabellos
Que en largos rulos divide,
Cayéndola en leves ondas
Sobre el cuello de alelíes.
La del habla melodiosa
Cuyo simpático timbre
Despierta en el alma un eco
De ruiseñor invisible.
La de los brillantes ojos
Que húmedos rayos despiden,
Mientras risueñas las Gracias
Con su guirnalda la ciñen.
La virgen del albo seno,
Que bajo el tul se percibe,
Nieve andina entre cristales
De toda impureza virgen,
O cual dos blancas palomas
Que presas entre jazmines,
Soñando amores del cielo
Palpitan por verse libres.
La de elegante esbelteza,
Dejando ver cuando ríe
Unos dientes!... finas perlas
Engarzadas en rubíes.

La de las manos ebúrneas,
Pie menudo, raudo, libre,
Hermosa como el amor,
Aérea cual leve sílfide,
Lirio en la casta pureza,
En lo alegre y viva un iris.
¡ Oh ! jamás el cierzo helado
Tan divina flor marchite !
¡ Que los pesares jamás
Su sien inocente inclinen ;
Plácidas auras la arrullen,
Tiernos halagos la mimen,
Y de su amable virtud
Limpio el sol y eterno brille !

LAS HORAS

Queriendo coronar la más hermosa
En torno al sol las Horas se juntaron,
Y allí en ronda genial se armonizaron
Del primer día al sonrosado albor.
Mal envueltas en gasas transparentes
En el éter azul, todas son bellas ;
Mas fué reina elegida al fin por ellas,
La hora inefable del primer amor.

Desde entonces el alma está á su imperio
Con misteriosos vínculos unida ;
Se confunde á la esencia de la vida,
Rica en tiernas promesas al pasar,
Y deja en pos dulcísimas memorias
Al perderse en el tiempo en casto vuelo,
Como brillan los astros en el cielo
Cuando en la tarde el sol se hunde en la mar.

SÍMIL

La selva dijo á un ave:
¿ Cuando levantas
Tu voz en la espesura,
Lloras ó cantas ?
Fué su respuesta :
— Se confunden mis himnos
Con mis querellas.

Á una harpa eoliana
Preguntó el viento :
¿ Porque, dí, cuando paso
Das un lamento ?
Y habló así el harpa :
— En mis cuerdas suspiran
De amor las hadas.

Al río dijo un sauce :
¡ Triste murmuras,
Y entre zarzales corren
Tus aguas puras !

Sollozó el río :
— ¡ Ay, sauce, tú no sabes,
Corro al abismo !

Dijo el campo á la lluvia
¿ De donde mana
La fuente de tu llanto
Que me engalana ?
— Brota en tu seno,
Contestóle, me nutre
Tu dulce aliento.

Como el ave y el harpa
Y el claro río,
Sentidos son los ecos
Del canto mío ;
Como la lluvia
Con que riega las flores
La nube oscura.

EN LOS GUINDOS

TENÍA yo dieciocho años, y ella
Apenas dieciseis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada
Ni más viva una fúlgida centella.
Un día Adriana bella
Conmigo fué al verjel buscando fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera
Cuan atractiva y cuan hermosa era!
Llevaba un sombrerillo
De paja, festoneado, con adornos
De flores de canela y de tomillo;
Y realzando sus mórbidos contornos,
Un corpiño ajustado,
Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hácia el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
La ofrecí el brazo. ¡Me arrobé al sentirla
Que en él lánguidamente se apoyaba!
Confuso y sin saber el qué decirla,
Me desasí.... Trepeme á un alto guindo,

Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón la brindo,
Que ella con gracia recogió en la falda.
¡ Oh delicioso instante !
¡ Oh secretos de amor ! ¿ Cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llamëante,
Al ver desde la altura
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura ?
¿ Acaso Adriana adivinó en mis ojos
El fuego interno que en mi alma ardía ?
¿ Esa la causa fué de sus sonrojos ?
— « Aquella guinda alcanza », me decía,
« Que está en la copa ; agárrate á las ramas,
No te vayas á caer » — « ¿ Y tú si me amas,
Qué me darás ? » — Bermeja cual las pomas
Que madura el estío en las laderas,
Contestó apercibiendo dos palomas
Blancas, ébrias de amor : — « Lo que tú quieras ! »

SOÑABA

Jamás me dijo que me amaba. Un día
Que bajo un tilo en su jardín dormía,
Mi nombre entre suspiros murmuró.
Yo la besé los labios rojos, y ella
Sin despertarse, como nunca bella,
De súbito mortal palideció!

MELANCÓLICA

Tu dulce y virginal melancolía,
Reälzando las gracias deslumbrantes,
La vívida harmonía
Que dió á tu rica juventud el cielo,
Es cual fúnebre velo
Cubriendo una diadema de brillantes!

¡MUERTA!

La vi dormida para siempre ¡oh cielos!
¡Con tanta juventud! ¡tanta belleza!
Fúnebre gasa de mortal tristeza
Cubre la blanca estrella del amor.
¿Qué resta de esa vida sonrosada,
Llena de luz, de encanto y poesía?
Un reflejo en el alma, una harmonía,
El leve aroma de marchita flor!......

INMORTALITAS

En un lúgubre desierto,
Severa, tétrica, inerte,
Al pie de un sepulcro abierto,
Está la pálida Muerte.

¡ Terrible sombra ! ¿ qué abismos
De su seno la abortaron ?
¿ En que extraños cataclismos
Las orbes se le plegaron ?

Del espíritu que crea
Hosca rival se levanta ;
Derriba su altar que humea ;
Toda fuerza, ultriz, quebranta.

¡ Prodigio ! de las rüinas
Con que su imperio circuye,
Renacen obras divinas
Que de nuevo aja y destruye.

En su inmenso reluchar
Con la creación renovada,
Semeja un fúnebre mar
Que uniese el ser con la nada.

Sublime horror la circunda;
Todo en ella es misterioso:
Su mudez triste y profunda,
Su eterno y frío reposo.

Un día, ¡día de llanto!
La Vida hacia ella vino,
Hecho jirones el manto
En las zarzas del camino.

Su belleza era esplendente;
La luz de la inteligencia
Dios mismo imprime en su frente
Con un rayo de su esencia.

En sus arcanos profundos
Domina el orbe, le anima,
Gran principio de los mundos
Que embellece, orna y sublima.

El raudal surge espumoso
Á su influjo, el viento zumba,
Rebrama el mar proceloso,
El ronco trueno retumba —

Brillan los astros del cielo
Con hermosa y dulce lumbre;
Cae en cascadas el hielo
Derretido en la alta cumbre —

La savia ardiente fermenta
De la tierra en las entrañas;
El volcán ígneo revienta
Sacudiendo las montañas —

Canta el ave sus amores
En las selvas, y la aurora
De aljófar, de gayas flores,
El prado viste y colora.

Y á fin de que aun más asombre,
De su virtud fruto acerbo,
Infunde su aliento al hombre;
Fulgurante estalla el verbo!

Los sueños en su palacio
Arrullarla á veces suelen,
Sombra que cruza el espacio
Y que los vientos impelen.

Impelen, sí, al oceano
Del infinito á que aspira,
Cantando el destino humano
En su prodigiosa lira.

Fué á la margen de aquel mar
De vastas y eternas olas,
Que á la Muerte vino á hallar,
Encontrándose allí solas.

Perdió el recuerdo al instante
De las cosas, y deshecha
En lágrimas, penetrante
Sintió del dolor la flecha.

Ambas á dos ignoraban
Su origen: al verse juntas,
De hito en hito se miraban,
E hiciéronse estas preguntas:

— « ¿Quién eres tú? » — « Soy la Muerte »
« ¿ Y tú? » — « La Vida, elemento
Fecundo, harmónico, fuerte,
Luz y amor y movimiento.... »

Iba á seguir ¡ay! no pudo.
Miró hacia atrás ¡agostado
El camino, áspero y rudo!
¡Noche y tiniebla el pasado!

Entonces sintió una angustia
Crüel, un terror cobarde;
Vacila, cae — triste, mustia,
Quiere volverse — era tarde!

Agobiada, en su fatiga
Sin fuerzas, perdido el brío,
En la Muerte vió una amiga;
Recibió su ósculo frío,

Y esta la dijo — « En mi lecho,
Hermana, descansarás,
Y de la nada á despecho
Fresca y joven te alzarás! »

Abrazáronse las dos
Grandes sombras; de allí á poco
Una alma llegaba á Dios,
De lo creado inmenso foco.

Y en la fuente de verdad
Sumergida, el universo
A su excelsa majestad
Fué espejo límpido y terso.

¡Oh misterio! de esta suerte
En lazo místico unida,
Con la vida está la muerte,
La muerte engendra la vida!

REPROCHE (3)

¡Digna ofrenda, pardiez, á la hermosura
Que con sensual instinto te enamora,
Decirla el frenesí que te devora,
El lúbrico furor que en tí se apura!

Muerde, sí, la manzana agria ó madura
Hambriento del deleite que atesora,
Sin cuidarte si oculta roedora
Bajo el fresco matiz la larva impura.

Y pues el fuego de tu sangre atizas,
No ultrajes la virtud, entre las sombras
La lujuria en tus carnes clave el diente.

¿De tanto incendio que obtendrás? Cenizas!
Ni nombres al amor, pues si le nombras
Velará en su pudor la casta frente.

SENSUALISMO

¿ Será un crimen rasgar la tenue gasa
Con que oculta el amor gracias terrenas,
O en la pomposa viña las ajenas
Uvas gustar y el bien que raudo pasa ?

Cuando el amor el alma nos abrasa,
Que Venus arde en las henchidas venas,
Desciende el cielo mismo á las amenas
Ígneas regiones del placer sin tasa.

Júpiter sumo el trono esplendoroso
Dejó, y á Leda en cisne transformado
Sedujo, y á la tiria Europa en toro ;

Y en la prisión entrando voluptuoso
De la blanca Danáe, derramado
Sobre ella se deshizo en lluvia de oro !

CORINA

¡ Corina ! ¡ oh Corina ! del templo de Vesta
La flor más modesta ; no tiembles ; tu huida
De nadie sabida será ; tú conoces
Mi fe pura : » — « ¡ Oh dioses ! »

— « ¡ Cuán bella ! del bosque las pálidas ninfas,
Del lago en las linfas la dulce Napea,
No dan una idea de tí, panal fino
Del Hybla : » — « ¡ Destino ! »

« ¡ Ven, cándido lirio del verde Erymanto ;
Orillas del Xanto las sombras fieles
De frescos laureles nos brindan su abrigo ;
Ven pronto : » — « Te sigo. »

« ¿ Acaso estás triste que inclinas al suelo
La sien ? alza el velo, levanta esos ojos !
¿ Te causa sonrojos la dicha que imploro ?
¿ No me amas ? » — Te adoro ! »

« ¡ Delicia inefable ! ¡ soñada ventura !
Aquí en la espesura frondosa y umbría
Al fin serás mía : lo pido, lo quiero
Corina : » — « ¡ Me muero ! »

— « Las nupcias secretas en himnos süaves
Nos cantan las aves.... ¡ desmayas !.... la diosa
Tal vez envidiosa.... ¡ qué pálida !.... yerta !....
¡ Oh Diana, está muerta ! !.... »

EN EL MONTE

Morena, desgreñada, con los ojos
 Como ascuas ardientes, y la boca
De cinabrio, su aspecto me provoca
De la sangre á los férvidos arrojos.

Azorada me huye entre el boscaje....
La alcanzo.... Desde entonces, si es de ira
Ó por amor, lo ignoro — ella me mira
Sombría, melancólica y salvaje!

LA FLOR DE LA ESPERANZA

¡Oh bella! entre las flores
Que forman tu guirnalda,
Prefiero á las más puras
La flor de la esperanza,
En cuyo tierno cáliz,
En cuyas hojas blancas,
Arrullan dulcemente
Los sueños de tu alma.

Que un día realizados
Se vean, que renazcan
Más bellos cada aurora
Que alumbre tu jornada,
Y que feliz y hermosa
Como esa estrella pálida,
Conserves siempre fresca
La flor de la esperanza.

Á UNA JOVEN RUSA

En mi huerto hay pocas flores,
        Niña rubia,
Mas de inocentes olores;
No han ajado sus colores
        Sol ni lluvia.

Simples flores campesinas,
        Orëadas
Por las auras vespertinas,
De mi vida en las rüinas
        Abrigadas.

Al cabello de áureas ondas
        Prende alguna,
Por si danzas en las rondas
De las leves Wilas blondas
        A la luna....

Un mi amigo me ha mostrado
Tu semblanza;
El amigo afortunado
De quien has acariciado
La esperanza.

¡Oh que linda! Coronada
De esplendores
De la juventud rosada,
Semejas la reina amada
De las flores.

¡Fuente sellada, manante
De consuelos;
Espejo limpio y flamante
Que copia el azul brillante
De los cielos!

Tu boca al amor convida,
Deliciosa
Fresca granada partida;
En tí desborda la vida
Harmonïosa.

Pero aunque el sentido adules,
Tu alma bella
Brilla en tus ojos azules,
Como entre diáfanos tules
Nívea estrella.

Con ese blanco vestido
Y el rosario
Del cinturón suspendido,
Pareces haber salido
Del santuario.

Quizás (perdón si lo pienso)
Palpitante,
Allí impregnada de incienso,
Implorabas al Inmenso
Por tu amante.

Él te recuerda y derrama
Tierno llanto,
Diciéndome : « la reclama
Mi corazón, ¡ oh, mi dama !
¡ La amo tanto !

Y agrega—«muero en su ausencia:
Sin su amor,
¿Qué me importa la existencia?
Es un ángel de inocencia,
Luz y flor;

« La deidad de la harmonía,
Soñadora,
Que en sus himnos se extasía,
Y en dulce melancolía
Canta ó llora. »

Tu prestigio así he sentido
Desde lejos,
Como el lago adormecido
De algún astro ya escondido
Los reflejos.

¡Y que no te conociera
Flor discreta!
Mas sin verse en primavera
Se adivina en la pradera
La violeta.

¡ Casta flor de la alba veste,
Solitaria;
Que cual un perfume agreste
Suba hasta el trono celeste
Tu plegaria !

Dios tu sueño de ventura
Rëalice ;
Que tu vida fresca y pura
Como el agua en la espesura
Se deslice !

CELADA

De flores delicadas tu mano blanca y bella
Tejió una red ¡oh Laura! para prender en ella
Al numen que en secreto me acuerda su favor;
Por fin cayó en el lazo, pero cayó dormido;
No extrañes, si despierta, que al verse sorprendido
Para vengarse pida sus dardos al amor.

El canto, me lo has dicho, tu espíritu enajena.
¿Del lago, dí, no temes la pérfida sirena
Que atrae á los viajeros al término fatal?
¿No sabes que en la lira del trovador errante,
Si canta las angustias del corazón amante,
Se aguza de los celos sombríos, el puñal?

¿Las gracias no te han dado su más gentil corona?
¿Ignoras que las rosas marchítanse en la zona
Que inflama audaz el genio con ráfagas de luz?
¿Por qué dar á las musas tan religioso culto,
Si está el dolor á veces entre su pompa oculto,
Como en el prado verde la solitaria cruz?

Sigue antes de la vida las márgenes risueñas,
Salvando los escollos y las abruptas peñas
Que á tu bajel impidan el tránsito veloz:
Si quieres deliciosas, celestes harmonías,
No pidas del poeta las tiernas elegías:
Pulsando tu guitarra, levanta allí tu voz!

EN EL LAGO

¿Ves ese cisne que atraviesa el lago?
Serena así deslícese tu vida
Del mútuo amor al deleitoso halago
¡Oh mi blanca Arsinóe! ¡Oh mi querida!

CELOS

YONÍS es bella y orgullosa; há tiempo
Que por celos rompimos nuestros lazos.
Ayer la ví en el circo — era una reina!
Yo estaba con Alvina,
La egrégia cantatriz de ebúrneos brazos,
Blonda romana de expresión divina,
De irresistible hechizo:
Yonís sonriente y desdeñosa, hizo
Su abanico de nácar mil pedazos.

RUEGO

EL joyante cabello ensortijado
Desprende ¡oh bella! y el cendal de lino
Vele apenas el seno alabastrino
Á inefables caricias reservado.

¡Quién más feliz que yo! Del regalado
Aroma, del cordial y dulce vino
De tu amor, en un éxtasis divino
Todo en blandos delíquios embriagado!

¡Oh mi virgen hebrea, urna olorosa
De mirra y de cinamo, ven ¿qué tardas?
Ven, pues ya en vano mi pasión reprimo;

Y en mi fiebre de amor, púdica, hermosa,
De la viña balsámica que guardas
Templa mi sed con el mejor racimo!

¡LE AMABAS!

Á * *

¡Feliz quien sin amargura
Llega al puerto de salud,
En la dulce plenitud
De una vida fresca y pura!

Aquel del cielo es amado
Que muere joven; triunfal
Rasgando el velo mortal
Sube á su olimpo soñado.

¡Almas nítidas! se alejan
Como una música santa
Que en nuestro espíritu canta
Los recuerdos que nos dejan!....

Tu amigo al alba partió,
Mas roto el vaso de arcilla,
Tu corazón sin mancilla
En su esencia se impregnó.

¡Oh, le amabas! virginal
Lo revela tu alma y llora;
Lágrimas ¡ay! de la aurora
Sobre un marchito rosal!

Reclinada y triste al verte
En su tumba tan querida,
Se comprende que la vida
Pueda envidiar á la muerte.

Mas no es morir el dejar
Tras el destino precario,
En tu pecho un santüario,
En tu memoria un altar!

RECONCILIACIÓN

AYER en el sarao ¡nunca lo hiciera!
La declaré mi amor; se mostró huraña,
Y pareció con su actitud severa
Alzar entre los dos una montaña.
¡Cómo explicar la sensación extraña
Que sacudió mi ser! — « Perdón », la dije,
El pecho en ira y en dolor bullente,
« Digno es asaz de hallaros indulgente
« Quien conoce su falta y la corrige.
« No veros más prometo; iré rendido
« Á ocultar mi derrota en el olvido ».

Prometer no es cumplir ¡fuerza del hado!
¡Tanto la amara yo, tan bella era!...
Quise aun verla una vez, la vez postrera.
Confuso, atribulado,
Sin saber como, me encontré á su lado.
Miróme intensamente; los sonrojos
La animaban el rostro de sultana
Y un divino fulgor sus dulces ojos.

— « ¿Me guardais aun rencor? » me dijo ufana,
Exhalando su boca deliciosa
Un olor de manzana.
Y luego con el aire de una diosa:
—« Soñé anoche con vos! » ¡Oh amor, presumes
Cual no fué mi placer! — « Y qué soñábais? »
— « Que rendido á mis plantas me ofertábais
Una copa humeante de perfumes! »

¡NUNCA!

Fría como la aurora se refleja
En mi alma tu cándida hermosura,
Y emana suave un esplendor sereno
De mi esperanza efímera en la tumba.

Sobre ella pasas sin saberlo acaso,
Pues un dulce misterio la circunda,
Cuando, de gracia plena, te diriges
Bella y triunfante al templo de las musas.

No te detengas, no, si al sauce triste
Ves allí suspendida una harpa muda;
Si del aura el espíritu flotante
Tu dulce nombre en derredor pronuncia.

Cual una virgen druida que se interna
De la sagrada selva en la espesura,
Así te ví pasar en mis ensueños
Al rayo azul de la argentada luna.

A tu presencia una ilusión celeste
La lobreguez de mi destino alumbra:
Enajenado derramé á tus plantas
De ámbar y nardo mis colmadas urnas.

En el cielo fijaste la mirada
Sublime—y tierna y pálida y confusa,
Extendiendo hácia mí la nívea mano,
Con voz sentida me dijiste:—Nunca!....

¡Nunca!.... la noche oscureció mi alma,
La noche del dolor y de la culpa,
Y el harmonioso genio de mi vida
Se perdió sollozando entre la bruma.

En las espinas del camino agreste
En girones dejó la blanca túnica;
Al viento deshojóse la guirnalda
Con que al verte ciñó su frente augusta.

Hosca la suerte en mi existencia estéril
Esparció afán: un cántico es la tuya
Que la flores brillantes del olimpo
Con esencias suavísimas perfuman.

Límpida mana y virginal la fuente
De tus días azules; allí arrullan
Los cándidos amores, y en sus aguas
Bañan risueños las nevadas plumas.

Sigue pues, esquivándote á mi afecto,
Soñadora vestal tu fácil ruta,
Y que el pesar á cuya sombra vivo
Las rosas de tu sien no agoste *nunca!*

Á NYDIA

Todo acabó ; extinguida
La antigua llama siento ;
No exhale ni un lamento
Mi altivo corazón.
Que el más profundo olvido,
Rasgada ya la venda,
Sobre mi amor extienda
Su fúnebre crespón.

¡ Oh, cuánto te adoraba !
¿ Por qué no confesarlo ?
Cautivo sin pensarlo
Me ví de tu beldad ;
Y hoy mismo que me ofendes,
Si he roto mis cadenas,
Á costa de hartas penas
Compré mi libertad.

¡ Soy libre ! Hinche mi vela
El huracán ¡ oh Nydia !
Quizá tengas envidia
De la perdida fe.
Yo al menos no he enturbiado
La fuente refrescante
En que rendido amante
Tu imagen adoré.

¿ Por qué tiernos recuerdos
Me asaltan de otros días,
Flotantes harmonías
De un canto que expiró ?
Aun cuando el sol se esconda
Tras las nevadas cumbres,
Revelan sus vislumbres
Que fúlgido pasó.

Pasó ; densa neblina
Me cerca y noche triste ;
Tú en el festín rompiste
La copa al desbordar.
Me han dicho que aun te acuerdas
De nuestro amor inmenso,
¡ Qué mucho ! del incienso
Imprégnase el altar !

Si fuera vengativo
¡ Qué más dulce venganza,
Dejar de mi esperanza
Las huellas en tu edén,
Y que tu adusto dueño
Á quien su dicha asombra,
Pasar viese mi sombra
Por tu anublada sien !

Mas, nó, nada perturbe
Tu misteriosa calma.
¿ Á qué agitar la palma
Que cobijó mi amor ?
Olvídame, y que el cielo
Dé paz á tu existencia ;
Yo guardaré la esencia
De la marchita flor.

CONTESTACIÓN

Á UN AMIGO HELENISTA

¡ No conoce el amor mi casta musa !
¡ Ay ! y al viento flotando el manto griego,
Sube al Olimpo, de su sed el fuego
Á apagar en la fuente de Aretusa ! (*)

¡ No conoce el amor ! y el harpa usa
Tierna y vibrante al amoroso ruego,
En tanto que ya náufrago navego
Corriendo en pos de mi esperanza ilusa !

(*) *Aretusa :* ninfa de Elida, bañándose un día en el Alfeo, inspiró amor al Dios del río. Para escapar á su persecución imploró el socorro de Diana, que la transformó en una fuente.

Tú que cantando surcas del Iliso (*)
Las ondas de cristal, llega sin susto
Al puerto en que soñaste un paraíso.

Y allí mientras invoco al Dios de Klaros, (**)
Feliz, á Venus alza un templo augusto
De mármol fino de la blanca Paros.

(*) *Iliso:* arroyo que nace en el Himeto y va á expirar cerca de Atenas en el golfo de Egina.

(**) *Klaros:* ciudad de Lidia en la embocadura del Aleso, cerca de Colophon. Célebre en la más remota antigüedad por su templo de Apolo.

CONSTANCIA

Aunque ingrata me olvidas, te reserva
Un recuerdo mi pecho infiel Gulnara,
Pues de constancia en su dolor presume:
Así la urna de cristal conserva
De las ricas pastillas que guardara
Con llave de oro, el oriental perfume.

LUISA

Luisa, la vida se va, muy lejos
Nos encontramos de nuestro edén;
Mas tú aun conservas suaves reflejos
De la hermosura que en tí adoré.

Yo.... ¿No te asombra que cambio? Mira,
Blanco el cabello, mustia la faz;
Flamea apenas la antigua pira
Que ardió en las aras de tu beldad.

¿Te acuerdas? ¡blanda, tierna memoria!
Mucho te quise, mucho; veraz
En tí cifraba mi fe, mi gloria,
De frescas flores orné tu altar.

Después.... Absuelto por tu sonrisa
Callo; soy reo de amor, lo sé —
Pero en el fondo del alma, Luisa,
Créeme, lo juro, te he sido fiel.

Hoy mismo absorto cuando te veo
Mi pecho amante palpita aún;
Tras tus encantos vuela el deseo,
Lloro perdida la juventud!

¡Ay! ya sus días de oro pasaron,
Raudos pasaron, no volverán!
Uno tras otro se desgranaron....
Como las perlas de tu collar.

En el descenso de la colina,
Cuando en la tarde se oculta el sol,
En esta hora dulce y divina,
¡Cómo recuerda mi corazón!

Con tu mantilla negra en el templo
Puesta de hinojos, pura, idëal,
Tus nobles gracias mudo contemplo:
Todo embozado te sigo audaz.

Oigo los ecos de tus *romanzas,*
Siento en mi seno vibrar tu voz,
Con que halagabas mis esperanzas
Cantando al piano trovas de amor.

Aun creo verte pálida, esbelta,
En las plateadas noches de abril,
La cabellera de ébano suelta,
Venir furtiva por tu jardín.

Veo las ondas de tu ropaje
Flotante y leve, de blanco tul,
Cuando cruzabas entre el ramaje,
Como una sombra, como un querub!

Yo te esperaba, y á tu presencia
Caía amante, mudo, á tus pies.
Solo escudada por tu inocencia,
Ante ella humilde me prosterné.

Luego... tú sabes... fué aquello un sueño...
Vino la ausencia, vino el afán;
Soltando el lino, mi frágil leño
Lancé á las olas bravas del mar.

Muchas han sido mis aventuras:
Náufrago, errante, triste ó feliz,
En mis desdichas, en mis venturas,
Visión celeste cruzar te ví.

Tú coronaste mi primavera,
La musa fuiste de mi laúd,
De mi desierto verde palmera,
De mi tiniebla cándida luz.

Bálsamo han sido de mis heridas
Las dulces lágrimas de tu amistad;
Mis ilusiones descoloridas
Por un instante refrescarán.

Hoy que de paso te encuentro bella
Como un ensueño, perdonamé
Si te importuno con mi querella:
Piensa que es esta la última vez!

Sigo mi viaje penoso y largo, —
Bien pronto acaso llegaré al fin:
Que no se mezcle nada de amargo
En los recuerdos que hagas de mí.

Cual de una estrella, del mar en calma
Brilla hasta el fondo, vivo el fulgor,
Tu casta imagen llevo en el alma —
¡Oh! no me olvides ¡adiós! ¡adiós!

POESÍAS GRIEGAS

(*) EPIGRAMAS Y COMPOSICIONES DIVERSAS

(TRADUCCIÓN)

Á MIGUEL NAVARRO VIOLA

Estos humildes versos
Acepta, caro amigo:
Son fruto de una noche
De insomnio y de martirio.

Doliente, llamé al genio
De Atenas en mi auxilio,
Y el genio harmonïoso
Á mi reclamo vino.

(*) *Epigrama*, cuya acepción etimológica es *inscripción*, llamaban los griegos á un género de composición poética que como el madrigal de la poesía castellana «encierra un pensamiento fino, delicado, tierno ó galante, expresado con gracioso ingenio y concisión». Refiérese la dedicatoria á los diez primeros epigramas que la siguen, publicados en el número 60 de la «Revista de Buenos Aires», de que el afamado jurisconsulto y literato doctor don Miguel Navarro Viola fué desde su fundación uno de sus distinguidos directores.

Cultor tú de lo bello
Y amante de lo antiguo,
Comprenderás sintiera
Con su presencia alivio.

Fué así, dióme el consuelo
De sus celestes himnos;
Del quebrantado cuerpo
Triunfó numen olímpico —

Y al visitarme, flores
De su sagrado tirso
Me regaló, cogidas
Al margen del Cefiso. (*)

No ignoro que en mis manos
Su pompa han deslucido:
Jamás tiene el reflejo
Del rayo el puro brillo.

Pero si acaso en ellas
Hallases un vestigio
De su pristina gracia,
De su frescor nativo —

(*) *El Cefiso:* río de la antigua Grecia que corría á las inmediaciones de Atenas.

No habré soñado en vano
La patria que amó Píndaro,
Y en que la dulce Erina (*)
Se coronó de mirto.

(*) *Erina:* famosa poetisa de Atenas, amiga y discípula de Safo.

(PABLO EL SILENCIARIO) (4)

¡Cuán dulce es la sonrisa,
Amigos, de mi amada, y cuán süaves
Las lágrimas que vierte sin enojos
De sus rasgados y brillantes ojos!
Ayer no más, sin ocasión precisa,
Sin el menor motivo, la alba frente
Reclinada en mi hombro, entre sonrojos
La sentí que lloraba tiernamente.
Díla un beso. Cual lluvia matutina
Su purísimo lloro deslizaba
En dulces perlas por su faz divina.
¿Porqué, la dije, lloras? ¿Qué te hice
Para que así te quejes
Mi blanca Berenice?
—«Por que temo, repuso, que te alejes,
Pues vosotros volubles como el viento,
Raras veces guardais un juramento.

(RUFINO)

Tus encantos la edad no ha desflorado
Bella Praxila. Aun guardas las señales
De la esplendente juventud. Tus gracias
No desmayan. Las rosas de tu seno
Conservan su frescura, su perfume.
¡ Ah, cuántos corazones no abrasaron
Tus ojos animados en un tiempo
De interna llama y de fulgor celeste !

(POSIDIPO)

¡Oh ánfora de Cécrops! (*)
Tu báquico rocío
Derrama, y que á torrentes
Corra el licor de *Chios*. (**)
Yo por los convidados
Lleno de gozo brindo.
¡Silencio, Zenón, (***) cisne
Del Pórtico! — más vino!
Y tú, musa de Cleanto, (****)
También silencio, digo.
Á Amor hacemos solo
Nosotros sacrificios;
Amor, infante alado,
Tan cruel como divino.

(*) *Cécrops:* fundador de Atenas.

(**) *Chio* ó *Chios* (léase Quio) isla del archipiélago griego.

(***) *Zenón:* filósofo fundador del estoicismo, daba sus lecciones en el Pecilo llamado después el Pórtico de Atenas.

(****) *Cleanto:* discípulo y sucesor de Zenón.

(ASCLEPIADES)

Jugaba un día yo con Hermïone
La fácil hermosura en el recinto
De un bosque de granados; como Venus
Llevaba en flores recamado el cinto,
En que leí siguiendo á la que adoro
Esta inscripción en caracteres de oro:
Consérvame tu amor, sin que te espante
El verme acaso en brazos de otro amante.

(POSIDIPO)

PARA admirar de Irenium la hermosura,
Los rosados, alígeros amores,
Dejaron aspirando á tal ventura
De Cípris la morada de esplendores.
¡ Qué ramillete de preciosas flores
De la cabeza al pie ! Perfiles raros
En perfección, en púdica harmonía,
Delineaban sus formas ideales.
Del exquisito mármol que dá Paros
Una estatua eminente parecía
Llena de dulces gracias virginales,
Impregnadas de noble poesía.
En esparcir su llama nunca parcos,
Al verla los amores arrojaran
De la purpúrea cuerda de sus arcos,
Y al corazón derechas,
Una lluvia mortal de agudas flechas.

(RUFINO)

¿Y no te lo decía, Prodicea:
«Vamos á la vejez? ¿No te he advertido
Que sea como sea,
Cuando aparece la primera arruga,
Viene el momento nunca asaz temido,
En que el voluble amor se pone en fuga?
Llegaron ya la marchitez, las canas;
Ya la boca divina
No compite en frescor con las manzanas;
Los encantos de ayer están en ruina.
¿Quién á la altiva hermosa en su descenso
Se acerca aún sumiso á tributarla
Nubes de rico incienso?
¿Quién va á sus pies rendido á suplicarla?
¡Oh Prodicea! el templo se derrumba
A tu beldad un día consagrado.
Hoy pasamos tranquilos á tu lado
Como ante el frío mármol de una tumba.

(MELÉAGRO)

Bien sé que has traicionado
Mi fe, lo están diciendo
Tu traje mal prendido,
Tus húmedos cabellos.
En tu mirada opaca
Por el insomnio, veo
La sombra del delito
Sobre tu frente impreso.
Esa guirnalda mustia,
Ese rasgado velo,
Que vienes de la orgía
¿No venden el secreto?
Tus despeinados bucles
Revelan desde lejos
Que enamoradas manos
Recreáranse con ellos.
Vacilas, se doblegan
Con languidez tus miembros;
Impuras libaciones
Turbárante el cerebro.
Mujer liviana, vete.
¿No escuchas el estruendo
De alegres castañuelas,

De risas y de besos?
¡Sí, vete, que lascivo
El crótalo de nuevo
Te llama, y nunca vuelvas,
Pues verte más no quiero.

(ANTIPATER)

Pobre manzano, al borde del camino
Plantado, los rapaces me apedrean,
Blanco de sus pueriles travesuras.
Mis verdes ramas con tesón dañino
Van siendo quebrantadas;
Aquellas sobre todo que se arquean
Al peso de las pomas ya maduras
De que con lujo y pompa están cargadas.
¿Qué presta el ver un árbol peregrino,
Con pingües atributos,
Fecundidad, verdor, frescura y gracia,
Si la causa fatal de su desgracia
Es la misma excelencia de sus frutos?

(MELÉAGRO)

De alhelí blanco, de azafrán süave,
De purpúreos y cándidos jacintos,
Con violetas silvestres matizados,
Y caléndulas y húmedos narcisos,
A que junté solícito las rosas
Tan gratas al amor, y el verde mirto;
Una fresca guirnalda rocïada
Del matutino aljófar he tejido,
Por que esmalte en la frente de Arsinóe
El oro perfumado de sus rizos.

(AGÁTHIAS)

¡Oh mi novia! te traigo aquí esta cinta
Bordada con primor en fondo de oro;
Con ella adorna tu cabeza airosa,
Y porque aun aparezcas más hermosa,
Cubra tu ebúrnea espalda esa mantilla,
Que con gracia sencilla
Replegarás, velando el níveo seno
De castidad y de ternura lleno.
Al modo de las vírgenes la lleva.
Mas oye mi deseo
Ya que á decirlo con rubor me atreva:
Que pueda el himeneo,
Pues todo se concilia
Al calor celestial de tus cariños,
Rodëarte feliz de hermosos niños,
Que son flores de estío en la familia.
Y entonces en mi anhelo
Te ofreceré un sutil y blanco velo,
Y una banda argentada
De riquísimas piedras recamada.

(FILODEMO)

«Sé amar á quien me ama,
Mi bella; pero entiende
Que sé del mismo modo
Morder á quien me muerde.
No más me apesadumbres
En mi pasión ardiente,
Ni excites de las musas
Resentimientos crueles».
Siempre esto te decía;
Mas tú sorda á mis preces
Como la mar de Jonia,
Me contrariabas siempre.
Al fin te llegó el turno;
Llorar, quejarte puedes:
Yo en brazos de Naías
Me embriago en el deleite!

(MARCUS ARGENTARIUS)

Aunque dormida exhalas los perfumes
Más ricos de la Arabia ¡oh bella Isías!
Despierta á recibir esta corona
Para tí por mi mano entretejida.
Sus flores recién abren; mas apenas
Despunte el alba las verás marchitas:
Emblema de los rápidos placeres
De la humana existencia fugitiva.

(MELÉAGRO)

¡Oh! de Tymo qué bellos
Son los crespos y fúlgidos cabellos!
¡Qué ricas las sandalias de Heliodora!
De Demarión gentil ¡cuán perfumado
El pórtico labrado!
¡Y cuán encantadora
La plácida sonrisa de Anticlea
La de los grandes ojos! ¡Qué frescura
Tienen de la preciosa Dorotea
Las coronas! No amor, tu carcax de oro
No guarda dardos ya, dardos que adoro,
Pues clavaste travieso y delirante
Tus flechas todas en mi pecho amante.

(PABLO EL SILENCIARIO)

No ha menester coronas
La rosa, ni tú velos
Bordados, ni escofietas
Con piedras, ni aderezos.
Las perlas menos blancas
Son que tu tez; tus crespos
Al oro fino vencen
En desaliño espléndido.
El índico jacinto
Destella oscuros fuegos,
Mas no tan vivos brillan
Como tus ojos negros.
Tu boca, tu divino
Talle harmonioso, esbelto,
En sí el poder encierran
Del ceñidor de Venus.
Tan cándida belleza,
Hechizos tan perfectos,
Me traen anonadado
Y absorto en mi embeleso.
Tus ojos solo pueden
Dar á mi vida aliento,
Pues dulce la esperanza
Se ha refugiado en ellos.

(MELÉAGRO)

Sí, mi boca lo jura
Por la rizada Tymo, la hermosura
De bucles amorosos, y de Demo
Por el marmóreo cuerpo perfumado,
        Cuyo aroma celeste
Con delicia los sueños ha encantado;
        Y hasta jurar no temo
        De la graciosa Alceste
Por los juegos amables, y por este
Velón, que cada noche vigilante
Oscila al son de mi canción amante;
Que en los labios tan solo un leve aliento
Me has dejado ¡oh amor! Mas si lo quieres,
Habla, y aun ese soplo, en tus placeres
Lo exhalaré gustoso en el momento!

(MELÉAGRO)

De gozo ha sonreído
La copa que tocara el elocuente
Labio de la hechicera Zenofila.
¡Cuánto envidio el placer que le ha cabido!
¡Oh, si su boca que la miel destila,
Aplicando á la mía febriciente
Quisiese, del amor sublime palma,
En una aspiración beberme el alma!

(ANTIPATER DE TESALIA)

A la sagrada sombra de tus selvas
Nueve mujeres ¡oh Helicón! nacieron,
Que homenajes y ofrendas merecieron
De los mortales y los dioses. Ellas
Sus liras inspiradas,
A los combates consagraron bellas;
Al amor, á la gloria,
De las dichas pasadas
A la blanda y ternísima memoria.
Es el astro de Lesbos, Safo ardiente,
Brillante faro de poesía: Erina
De hermosura esplendente,
Y Myro peregrina:—
Telesila, que célebre entre todas
Cantó la patria en entusiastas odas:
Myrtis la del acento melodioso:
Rival de Homero, Anyta:
Nósis que al alma imprime
Con ternura infinita,
El sentimiento dulce y amoroso
Que la sumerge en languidez sublime.
Y la viva Praxila. Hermosa y fiera
Corina la guerrera,
Que la égida de Palas con que el seno

De virgen se cubriera en la batalla,
Cantó con estro ameno
En que su genio audaz brilla y estalla.
Todas ellas dulcísimas mujeres,
Artífices supremas de placeres
Eternos, de deleites celestiales,
Y de harmoniosos himnos inmortales.

(DAMÓCARIS)

Dirigiéndose al retrato de Safo

¡ Cuán bella es ! ¡ Qué llama vivaz brilla
De fantástico ingenio en su mirada !
¡ Qué exactas proporciones
Y expresivas facciones !
¡ Qué índole en bondad tan extremada !
Tanto fuego y dulzura confundidos
Por la naturaleza, del artista
Modelo, pensar hacen á su vista
Que la ninfa de Lesbos gentil sea
A la vez una musa y Citerea.

ODA DE SAFO Á VENUS

Mi pecho ¡oh reina del amor voluble!
No atormentes con bárbaros suplicios.
¡Diosa inmortal, de Jove augusta hija,
No tu rigor me aflija!
Perdóname! tus crueles artificios
Me han contristado tanto,
Que el raudal desataran de mi llanto.

Tú sabes los pesares punzadores
Tan intensos y largos,
Los disgustos amargos,
Los atroces dolores
Que el corazón me traen despedazado
En tus voraces llamas abrasado.
En otro tiempo me escuchabas! antes
Atenta á mis desvelos,
Acogías mis votos suplicantes,
Y propicia dejabas por instantes
El atrio esplendoroso de los cielos.
Tu celeste bondad me preguntaba
Quién era el cruel á mi pasión tan caro,

Largo en desdenes y en ternura avaro,
Que mi deseo juvenil burlaba!
¡Ah, cuanto me agradaba
Oir tu dulce acento,
Cuando me prometía
Que de mi inmenso amor me olvidaría!

Me decías: — « Él huye, y tu lamento
« Le irrita más que á compasión le empeña;
« El lloro enjuga; ha de volver hambriento
« De los ardientes besos que hoy desdeña.
« Por solo una mirada de tus ojos,
« Una sonrisa tuya, de tu lira
« Por una dulce endecha,
« Le verás cual suspira.
« Entonces sin curar de sus enojos,
« Sorda á sus preces su pasión desecha.
« Arrogante, insensible, dura, altiva,
« Ya le has de ver sumiso, prosternado;
« Desdéñale á tu vez, Safo.... que es esa
« La caprichosa ley que Amor profesa. »

— ¡Ah! torna, torna al ruego compasiva,
Y en mi pecho que llora su mudanza
Derrama la esperanza.
Por mí que aun hagas más mi fe pretende:

Reanuda de mi amor los lazos rotos,
Devuélveme al ingrato que en mí enciende
Tu llama ¡oh Venus! al mortal amado
De mí desamorado,
Y á quien reclaman mis ardientes votos!

ODA DE SAFO (5)

A una mujer amada

RIVAL es de los dioses el mancebo
Que de tí en frente tu beldad contempla,
Y escucha de tu voz embelesado
Resonar la harmonía.

Sonríes, y mi pecho se conturba,
El corazón me late, desfallezco;
Si te miro, mis labios al instante
Convulsos enmudecen.

Se pega al paladar mi lengua; cunde
Súbita llama por mis venas; fija
La mirada, la vista se me anubla;
Zúmbanme los oídos.

Frío sudor mi sien que palidece
Cubre, y mis miembros trémulos, crispados;
Lívida, sin aliento, anonadada,
Me desmayo, me muero!

(SAFO)

¡Salve, cándida estrella, de los astros
El más rico en destellos divinales!
Tú das todo á los pálidos mortales,
Benigna en tu esplendor: —
La paz al hombre vuelves, al aprisco
La oveja, á su cabaña la pastora,
Y del deleite la inefable hora.
¡Salve, oh fanal de amor!

(CAMELEON DE HERACLEA)

Anacreonte

El niño Eros en el aire vano
Sobre la sien del vate está pendiente:
Juguete de oro y púrpura, liviano
El globo aéreo que lanzó su mano
A caer viniera en mi laureada frente!

« ¡Vén, Anacreonte, vén! Quiero que vayas
Conmigo á ver á Safo que te espera
Á tí solo de Lesbos en las playas. »

Seguí al infante por la azul esfera.
¡ Ay ! de Lesbos la hija,
Sobre el cabello un día renegrido
Que inexorable el tiempo ha emblanquecido,
Una mirada de desprecio fija.

— «¿Anciano, qué me quieres? Mi sonrisa,
De la lira los goces infinitos,
Los guardo, del amor sacerdotisa,
Para más rozagantes favoritos. »

(ANYTES)

Inscripción grabada á la entrada de una gruta

PASAJERO! tus miembros fatigados
Extiende aquí. Murmullos harmoniosos
Agitan el follaje: un raudal puro
Templa el bochorno del ardiente día.
Tu sed apaga en él ¡oh peregrino!
Y en esta gruta plácido descansa
Hasta ocultarse el sol tras la colina.

FIN DE LAS POESÍAS GRIEGAS

NOTAS

I — El que desee cotejar con el original nuestra versión castellana, hecha á instigación de un amigo, percibirá desde luego que, á falta de otro mérito, hemos observado la más estricta fidelidad al texto, traduciéndole en el mismo número de versos de que consta, usando de los mismos metros ensayados por el ilustre autor, y hasta siguiendo el orden por él adoptado en la colocación de sus rimas.

Hé aquí la nota con que Lamartine acompañó el *Chant d'amour,* en una de las mejores ediciones de sus obras poéticas.

« Esta *Meditación* fué igualmente escrita en el verano de 1820, en Ischia. Es un cantar de los cantares, pero con notas menos penetrantes, y colores menos orientales que el himno nupcial de Salomón. Es un reto á la poesía, que no ha sabido nunca expresar la felicidad, como expresa el dolor, sin duda porque la felicidad es un secreto que Dios ha reservado al cielo, mientras por el contrario el hombre conoce el dolor en toda su acerba intensidad ».

2 — *Willis:* como vemos escrito en las poesías inglesas, ó *Wilas:* « hadas servias análogas á las *Rusalkis* eslavas. Habitan en las nubes, en los bosques y en las montañas, y bailan á la sombra de los cerezos. Son jóvenes y hermosas: llevan velos blancos y cabelleras largas y flotantes ».

3 — *Reproche.* Este soneto apareció anónimo años atrás en la « Reforma Pacífica », por ocasión de una poesía erótica publicada el día antes en el mismo diario. El malogrado joven literato oriental Heraclio C. Fajardo, con quien nos ligaban relaciones cordiales, encontró el soneto de su gusto, y sin co-

nocer al autor, dedicole algunos versos, inculcando ingeniosamente en sus mismas ideas. Tuvimos entonces el capricho de contradecirle, empezando por la composición siguiente que titulamos «Sensualismo». Fajardo no se dió por vencido, resultando de ahí una especie de certamen en que ambos escribimos sonetos improvisados, en diversos tonos; él con la visera levantada, nosotros encubiertos: de todo lo cual nuestro estimable contendor hizo en seguida una impresión en hoja suelta. De ella hemos tomado solamente las composiciones citadas.

4 — No nos consta que ni esta, ni las composiciones griegas que la siguen, exceptuando la oda de Safo «A una mujer amada» hayan sido antes de ahora trasladadas al castellano. En tal caso nos tocaría el honor de ser los primeros en traducir á nuestro idioma esas joyas preciosas de la musa antigua. (1)

5 — Transcribimos aquí la nota con que acompañamos esta oda, incluída en el artículo «Las mujeres griegas» que publicamos en la «Revista de Buenos Aires» (tomo XVI, 1868):

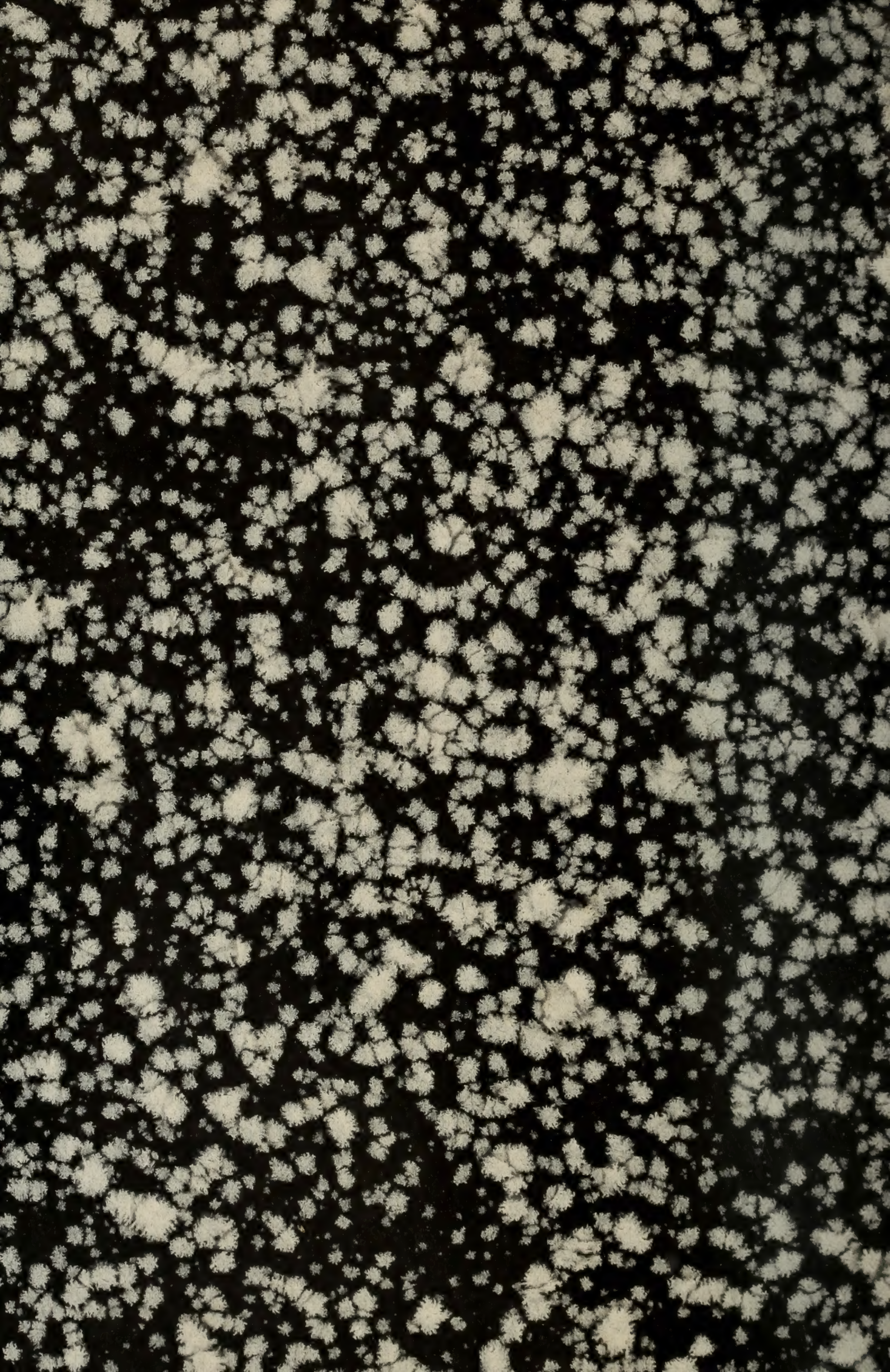
«Nada menos que cinco traducciones en verso y prosa tenemos á la vista, de la oda de Safo «A una mujer amada», cuyos autores son Boileau; Cazado, traductor de los «Viajes de Antenor» imitador de Boileau; Deschanel («Les courtisannes Grecques»); Cesená («Les belles Pechereses»)» y nuestro apreciable compatriota el señor Larsen, traductor de Longino; siendo de notarse en tan eruditos escritores, la diversidad de los giros del lenguaje, y aun la divergencia en la interpretación del mismo texto. En tal conflicto, nos ha parecido más acertado y prudente seguir las huellas del autor que traducimos. La versión que el nos da de la famosa oda está hecha en prosa. La hemos puesto en castellano con escrupulosa exactitud, sin más pretensión que la de amenizar nuestro

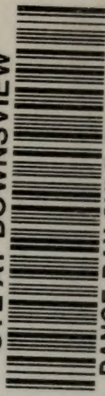
(1) Escrito esto en 1871, el literato español Menéndez Pelayo, tradujo años después las dos odas de Safo incluídas en la presente colección.

humilde trabajo, por más que desconfiemos escollar donde tantos otros fracasaron.

« Algunos lectores extrañarán acaso que la oda de que nos ocupamos sea dirigida á una mujer y no al amante de Safo. A este respecto, defendiendo á la apasionada poetisa, dice Cesená lo siguiente : « ¿Por qué á ejemplo de otros poetas no pudo Safo poner los versos de que acabo de indicar el sentido, en boca de Faón ? ¿ Y por qué valiéndose de una ficción muy frecuente aún siendo ella la autora, no le habría sido dado imaginar que fuese su amante quien se los dirigía ? »

ÍNDICE




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 15 07 014 3